

final

Ercole Lissardi
LAS ANTINOMIAS

MARTIN, EL FILÓSOFO

Por primera vez y sin aviso previo el escrito de Filosofía fue con tema libre. Imagino las tonterías que puede haber improvisado la panda de raquíticos cerebrales que son mis compañeritos y compañeritas de clase. Rápidamente llené el par de cuartillas requeridas con disquisiciones en torno a la oposición antinómica entre Confianza y Desconfianza. El sancocho incluía genialidades como esta: "Para una mujer dejarse penetrar es, además de un acto de placer, conceder un voto de confianza", o esta: "Puede decirse que lo que decide de qué lado cae la moneda de esta antinomia, es la medida en que la mujer ha sido seducida". Puse el punto final media hora antes del timbre. Agregué mi nombre y Grupo como encabezamiento y me dirigí al escritorio detrás del cual la profesora parecía ensimismada en la lectura de un libracó.

-Listo -dije, apoyando la hoja sobre la mesa.

Laura, que así se llama mi profesora, tardó segundos largos en desconectarse de la lectura. Me miró sin ojos desde detrás de sus lentes oscuros, gruesos como culo de botella.

-¿Le sobró el tiempo o le faltó inspiración? -preguntó con el tonito seco, al borde del sarcasmo, que le es característico, al menos para dirigirse a sus alumnos.

-Ni lo uno ni lo otro -le respondí, no sin atrevimiento, sonriéndole de oreja a oreja, como si tuviera muy claro por qué terminé antes y no se me antojara decírselo.

Acercándome a la verdad hubiera querido decirle que experimenté el irresistible deseo de acercarme y hablarle, pero no era esa la estrategia que había decidido para conquistarla, la cual excluía el descare. Ella se quedó mirándome, como esperando que le aclarara mi respuesta, y yo me quedé mirándola sin abrir la boca, como si no me atreviera a decir lo que tenía para decirle. A saber: que estaba enamorado de ella, o encaprichado, o algo equivalente. Así quedamos, hasta que los silencios y las miradas agotaron su calidad de espera y revelaron su verdadera naturaleza: las puras ganas de mirarnos en silencio, que era lo que yo había buscado respondiéndole con un enigma y luego quedándome callado. Entonces se puso colorada. Fue la primera vez que tuve la seguridad de que le pasaban cosas conmigo. Vino en ese momento al rescate una Susanita, que en todas las materias terminaba antes los escritos, con lo que se disolvió en la nada el campo de evidencia hecho de miradas y de silencios. Tuve que alejarme y salir del aula para evitar que Laura tuviera que indicarme que circulara.

¿Cuántos años tiene Laura? No lo sé con exactitud, pero me gusta pensar que tiene tres veces mi edad, lo cual daría cincuenta y un años. Es delgada, o más bien flaca, un poco chueca, como una japonesa, y camina rígida. Se viste con la sobriedad de una viuda. Se corta el pelo a la altura de la nuca, a la garcon creo que se dice, con las puntas hacia adelante enmarcándole el rostro. La piel se le ve de un blanco más bien triste. No se maquilla, al menos para dar clase. Creo que es de las personas que casi nunca sonríe para no revelar como cuánto de grande puede ser su bocota. Su carta de triunfo, digamos, son sus ojos, casi siempre escondidos detrás de lentes oscuros. Ojos almendrados, no sólo de forma, sino también de color. Difícil vérselos. Sólo una vez, y fugazmente, se los vi, pero para mí, por alguna razón que desconozco, son irresistibles.

¿Por qué estoy enamorado, o debo decir infatuado, de Laura? Creo que en la adolescencia sigo siendo un perverso polimorfo, mis satisfacciones son anormales, erráticas y siempre parciales.

En Laura veo cosas que probablemente nadie ve y que necesito apropiármelas, aunque no podría decir qué son esas cosas imagino que pasan por sus ojos, por su mirada, o por la ausencia de su mirada. Cuando desde detrás de los anteojos me mira me parece como si fuera ciega. ¿Quiero cogerla porque es ciega? No lo sé. Es posible.

Vía chisme supe que Laura se casó hace sólo tres años. En la última repesca se salvó de quedarse para vestir santos. El que la rescató y se rescató del mismo destino es un tipo grandote, mastodóntico, con brazos largos, como de gorila. Tiene una fábrica de zapatos de medida, zapatos artesanales pero producidos en régimen industrial. Renato, que así se llama, es cargado de hombros, es lo que le quedó de sus años encorvado sobre su mesa de artesano. Pero ya no corta cueros sino que tilda facturas en su oficina. Se le ve en la cara que está orgulloso de lo que logró, se lo ve feliz, nada cuesta imaginar que es un buenazo.

Tienen un auto pequeño, un Fiat Uno con décadas de servicio. Laura es de una estatura, digamos, normal, y calza bien en el autito. Pero el tipo, Renato, hace, con increíble velocidad y no sin gracia, un verdadero acto de magia para deslizarse dentro y cerrar la puerta. Es chistoso verlos en el autito. A él no le sobra un centímetro por ningún lado, a duras penas puede maniobrar los cambios. Ella, como siempre toda seriecita, con el portafolios sobre la falda y los brazos cruzados encima. La filósofa y el ogro zapatero en su lata de sardinas. No es difícil adivinar ciertas peculiaridades de su vida conyugal.

Le mostré mi escrito a Martina, mi novia. Aquí tengo que referirme al asunto de los nombres, que me tiene bastante harto. Porque mi primer nombre, aquel por el cual se me conoce, es Martín. Juro que la atracción entre nosotros estaba clara desde antes que supiéramos nuestros nombres. Ella sigue Científico y yo Humanístico. Tomamos nota uno del otro en el patio del Instituto. Coincidimos en la Administración haciendo un trámite y nos hablamos, un poco de reajo, sin énfasis, pero seguimos conversando un rato largo, tan llanamente como si siempre lo hubiéramos hecho. Fue al final, cuando el timbre terminó con el receso, que le pregunté cómo se llamaba:

-Martina -me dijo- ¿y vos?

-Martín -le dije, y pensó que era una broma.

No sé si la coincidencia de nombres me sigue haciendo gracia o ya me irrita. Cada vez que conocemos gente nueva no hay más remedio que soplarse comentarios sutiles del tipo:

-Están hechos el uno para el otro.

Estamos hechos el uno para el otro, creo, pero no me parece que sea por los nombres. A veces pienso que la coincidencia en los nombres funciona como un velo que pretendiera impedirme ver si realmente estamos hechos el uno para el otro. Absurdo idea, porque me sobran las razones para creer que estamos hechos el uno para el otro. Para evitar los comentarios inevitables, y para evitar que se queden mirándonos como si fuéramos gemelos cigóticos, cuando la presento digo:

-Tina, mi novia.

También hemos pensado en usar su segundo nombre. Pero su segundo nombre es Lucila, que francamente nos parece un invento horrendo. Terminaría llamándola Luci, a lo cual ella se niega terminantemente. Por lo demás, ya tiene una amiga Luci. Mi segundo nombre también

es inutilizable. Mi padre, que se tiene por germanista, me agradó con el patronímico Hildebrando.

No diré que el asunto de la coincidencia de nombres vaya a llevarnos a un prematuro divorcio, pero es como un nervio a flor de piel, y estamos siempre conscientes de que lo mejor es ni siquiera rozarlo, ignorarlo tanto como sea posible. Aunque por cierto que hay momentos de intensa intimidad en que se pierde el control de lo que se dice, y entonces el simple e inintencionado intercambio:

-Martina, mi amor,

-Martín, mi amor,

suenan raro, rarito, como hablarse en el espejo o besarse la boca en el espejo. Es más, en medio del vértigo orgásmico me ha sucedido parecerme que Martina tiene mis mismos rasgos sólo que más delicados, cosa que no es así en absoluto. Es decir: sus rasgos son más delicados que los míos, por supuesto, pero no nos parecemos en nada. Ambos somos guapos pero cada uno a su manera.

Bien. Lo cierto es que le di a leer a Martina mi improvisación en torno a la confianza y la desconfianza. Leyó sin apuro. Después hundió las comisuras de los labios y dijo:

-Está bueno. Zarpado. Le va a encantar.

-¿Te parece que lo que escribí se ajusta a la realidad?

-Totalmente. Bastante.

Me quedé tranquilo porque no es de darme por mi lado. Martina conoce de vista a Laura. Se la señalé de lejos en el patio. Le comenté lo seca que es en su trato con la clase.

-Se ve como alguien muy dedicado a lo suyo -evaluó observándola, y luego agregó-: Y me parece tímida.

Unos días después, conversando acerca de una amiga suya de la que le preocupa que a nuestra edad no haya tenido aún nada con nadie, dijo:

-Es muy tímida.

-¿Cómo se le entra a una tímida? -le pregunté pensando en Laura.

Se lo pensó tanto rato que creí que había abandonado el tema.

-Hay que ser directo, pero sutil. Los atrevidos los asustan. Tiene que ser evidente para ella que el fulano se merece toda su confianza, que de él no tiene nada que temer y que con él no corre riesgos -dictaminó, recordándose palabra por palabra mi escrito.

No podía ser casualidad. Martina había atado cabos: adivinó que le estaba haciendo la corte a la docente, y decidió estar de mi lado en mi extravagante aventura. La coincidencia de nombres es lo de menos: entre Martina y yo no hay más distancia que la que hay entre uno y su simulacro en el espejo.

Laura premió mi escrito con la máxima calificación y dijo que le había parecido muy interesante la idea de razonar a partir de una antinomia. Fue el único escrito al que hizo objeto de un comentario. Sentí que el primer paso estaba bien dado. Me pareció que lo lógico era darle más de lo mismo. De manera que al terminar la siguiente clase dejé sobre su escritorio

otra breve muestra de mi ingenio filosófico, esta vez dedicada a la oposición entre lo bello y lo feo. Peliagudo plato para ofrecerle a una dama que, a menos que sea idiota, se sabe fea. Comencé recordando una verdad de Perogrullo: “La belleza está en el ojo del que mira”, con la cual pretendía dejarle en claro que ningún preconceito acerca de la belleza femenina podía interponerse entre nosotros. Producto de complejas elaboraciones dejaba en claro, por supuesto, que “de lo bello proviene todo lo bueno y de lo feo proviene todo lo malo”, para terminar afirmando, temerariamente, que “el dictatum de la mirada no ofrece dudas, no importa qué se someta a su test, la distinción es concluyente aunque se cambien los nombres y lo hermoso pase a llamarse feo y lo feo pase a llamarse hermoso”.

Por cierto que dejé las cuartillas sobre su escritorio con la intención de huir, sin más. No me daba para explicarle lo que, a menos que fuera completamente idiota, entendería por sí misma. Pero me cortó la retirada.

LAURA, LA FEA

Martín es, finalmente, la encarnación de la peor de mis pesadillas, la que no dejó de atormentarme en décadas de docencia, la pesadilla de caer en la bajeza de seducir o dejarme seducir por uno de mis alumnos. La pesadilla en la que encarnaba mi repugnante herencia paterna.

Con Martín siento que ya no podré resistir la tentación. Es el mejor de todos los que deseé en silencio. Es un Adonis, y su mente está diseñada para volar hasta donde quiera volar. Para peor, y sin lugar a dudas, está decidido a seducirme. ¡A mí, vieja y fea! Martín es mi Némesis, el castigo por tantos años de represión, de desear a mis jovencitos sin mostrarlo jamás, ocultando la mirada, y a la vez es mi premio por haberme resistido al deseo durante tanto tiempo.

Me pregunto cómo será mi vida después de que ceda por primera vez -porque voy a ceder, no imagino cómo podría evitarlo. Habiendo cedido por primera vez ¿perderé totalmente el control y la capacidad para resistir? ¿Caeré irreversiblemente en el ridículo y en la desvergüenza? Sí: me revolcaré en la pura voluptuosidad y en la liberación infinita de ya no sentir vergüenza. Se comentará en los pasillos del Instituto, a mis espaldas y en voz baja, que esta vieja descarada quiere cogerse a sus guachitos. Terminaré como mi padre, profesor de Filosofía, recordado por sus capacidades y talentos, pero sobre todo por haberse cogido a un número indeterminable de sus alumnas. ¿Pasé buena parte de mi trayectoria como docente jurándome que nunca daría lugar a habladurías semejantes... para terminar entregándome a mis peores fantasmas de desenfreno y de escándalo público? Gracias a mi Adonis todo cambió para mí. Ahora pienso que no hay nada más patético que haberme pasado la vida en una resistencia inútil, para terminar descubriendo que no hay mayor cobardía que negarse a realizar los deseos más profundos. Bien. Ya está, Todas estas reflexiones, estos temores y estas resistencias se acabaron. El Demonio ha encarnado y se ocupa de mí personalmente. Que haga conmigo lo que se le antoje hacer, puesto que ha decidido hacer algo conmigo.

Quedó último en la montonera para salir del aula. Entonces se acercó a mi escritorio. Cauteloso. Seguramente que no quiere que se diga que le está arrastrando el ala al vejestorio de Filosofía. Porque tímido no es, nadie es tan guapo y tímido. Me puso delante un par de cuartillas manuscritas, me sonrió con ojos juguetones y amagó seguir de largo.

-¿Qué es esto? -le pregunté.

-Es la continuación del tema de mi escrito. Me gustaría que lo leyera.

Tomé las cuartillas y las miré. Ya el título hizo brotar sudor en las palmas de mis manos.

-Veo que estamos productivos -dije con el mismo tono seco y desconfiado de siempre, pero sintiendo la garganta apretada.

En realidad quisiera sonreírle, dejarle claro que me doy por vencida, pero tengo pánico de la mueca horrible que es mi sonrisa, tajo abierto de oreja a oreja, como el de una degollada. Lo mío, lo justo para los demás sería que al sonreír me tapara la boca con el dorso de la mano o con un abanico, como hacen las japonesas.

-Materia prima en estado puro, profe. Sin corregir.

-¿No corregir no le parece una falta de respeto para el que lo lee?

-Es impudor, como recibir a la gente en calzoncillos. Se lo puede tomar como una expresión de confianza... o como un abuso de confianza.

Me deslumbró lo suelto de lengua que es. Raro en un adolescente. ¿Habría algún talento que no tuviera?

-O será que su impulso creativo se le acaba justo cuando llega el momento de releerse -dije, sarcástica pero a la vez mostrándole el placer que me causaba nuestra esgrima verbal.

-Mis textos, querida profesora, son como yo, incorregibles -dijo acercándose un poco más y bajando la voz.

Tomé nota de su puntada, pero en realidad, la única palabra que en realidad oí, llegándome dulcemente hasta el corazón, embriagadora, fue la palabra "querida".

-Temo que si empiezo a corregir y tachar no quede nada. Textos efímeros de un ser efímero -dijo, acercándose un poco más, y poniendo voz como de confesionario.

-¿O sea que usted mismo se juzga incorregible? -balbuceé, al borde del nocaut.

-En realidad no, puesto que me pongo en sus manos.

A punto estuve de tenderle una mano a manera de consuelo de quién sabe qué.

-Con lo cual espera ser corregido... es decir... espera que su texto sea corregido.

Suspiró hondo.

-En realidad, no, Laura -dijo, pasando sin más del cargo al nombre-. En realidad espero ser aplaudido, por usted concretamente, tanto como yo me aplaudo.

Con lo que me dejó sin palabras. Sublime impertinencia.

-Veré de leerlo en cuanto pueda -balbuceé guardando las cuartillas en el portafolios.

Entonces golpeó una vez con los nudillos sobre el escritorio, como para llamarme la atención.

-¿Puedo pedirte un favor? -dijo, aterrizando sin más en el tuteo-. ¿Podrías sacarte los lentes por un segundo?

Igual me hubiera dado si me hubiera dicho que me sacara la bombacha. Cosa que hubiera hecho. De manera que me saqué los lentes y le mostré mis ojos desnudos. Juro que su expresión cambió, como si viera algo sorprendente y maravilloso. Sé que mis ojos encantan, pero me pareció que en ellos veía algo más, la verdad que ya no pretendía ocultarle, que era una simple mujer y que estaba en sus manos. Sin más se fue, salió del aula.

MARTINA, LA NOVIA

Poco después de conocernos le pregunté a Martín si sus padres habían opuesto alguna objeción a la idea de venir a Montevideo a estudiar Filosofía.

-“Bajar” a Montevideo decimos nosotros -me aclaró-. Les pareció bien. Tienen suficientes hijos como para cubrir todos los casilleros. Yo, que soy el menor, quedé con las manos libres. No es que les de igual lo que haga, pero soy libre de hacer lo que quiera.

El padre le alquiló un monoambiente en el Cordón y le sugirió que se comprara una cama de plaza y media. Tenía razón. Un par de semanas después de comenzados los cursos ya folgábamos cómodamente en ella, compartiendo deliciosas siestas otoñales.

-Hiciste bien en dárselo -le dije al terminar de leer la segunda entrega-. Un profesor de Filosofía debe asumirse como una especie de tutor personal de los pocos alumnos interesados en la materia, como un maestro de Catecismo que tropieza con párvulos especialmente receptivos.

Estábamos tendidos desnudos, agotados por una intensa faena sexual. Le devolví los papeles y me acomodé con las manos debajo de la nuca.

-Tenés una sonrisa de beatífica satisfacción curvándote los labios -susurró apenas, recorriéndomelos con la yema del índice.

Me excita sobremanera que me acaricie los labios.

-Tus labios carnosos están libres de marcas a pesar de que estuve tratando de devorarlos durante todo el rato que duró el polvo -susurró.

Buscaba una segunda ronda antes de que llegara la hora de irme. Decidí agregarle un poco de condimento.

-Tu profesora debe de estar contenta de tener un estudiante que demuestra un interés tan concreto en la materia -ironicé-. Estoy segura de que ya comprendió que tus divagaciones son muy dignas de atención.

-¿Te parece? -preguntó desde la modorra, repasando una y otra vez, con lentitud entre irritante e hipnótica las areolas de mis pezones. Yo me encuentro un poco tetona de más, pero él se babea, literalmente, sobre mis tetas.

-¿Me preguntás si me parece que tus divagaciones son dignas de atención? ¿o si me parece que Laura comprendió que son dignas de atención... y de qué tipo de atención?

-Lo que prefieras -dice, confirmándome que ni idea tiene de qué le estoy diciendo. Está perdido en la consideración táctil, visual y olfativa de mis tetas, para lo cual ha acercado el morro lo suficiente. Calculo que se le hace agua en la boca ante la inminencia de pasar también a la consideración gustativa.

-A mí, al leerte, me surgieron preguntas... -dije, dispuesta a poner en la picota sus graciosas definiciones, para saber como cuánto peso aguanta su filosofía.

-¿Por ejemplo...? -preguntó, cayendo en la trampa.

Me senté con la espalda contra el cabezal de la cama y separé bien las rodillas mostrándole la vulva.

-Mirala bien... -le fui soltando con suspenso-: ¿Es bella o es fea?

Aguantó la toma. La embriaguez desapareció de su mirada. Vi clarito que nunca se había planteado la pregunta, abonando así mi teoría según la cual rara vez un hombre -quizá también rara vez una mujer- se la plantea.

-Confieso que nunca se me ocurrió pensar que es bella, como si he pensado, mil veces, que tus tetas son bellas. Pero tampoco he pensado que es fea. De ocurrírseme espontáneamente tal cosa me hubiera puesto en... crisis, digamos, al menos provisoriamente.

Es eso lo que me gusta de Martín, de hecho lo que me une a él, la razón por la que lo amo. No se esconde detrás de palabras. Lo primero para él es decir lo que de más hondo hay en él.

-Pero esta ausencia de juicio... me resulta incómoda. Quizá he reprimido decirme que en realidad la encuentro fea.

Quedó callado, ensimismado. Con los dorsos de los dedos, como quien acaricia un gato, me alisaba el vellón, ya tupido en el pubis, aún escaso en los bordes de la vulva. Hay conchas y conchas y algunas sin duda que son francamente feas. Las hay agresivas y las hay repugnantes, eso lo sabemos todas. Pero la mía es más bien amigable, y definitivamente saludable, de labios carnosos y sonrosados. Con dos dedos los separé. No es pellejuda como el cogote de un pavo, ni la cubre una especie de barba rala, y el nácar interior parece tan húmedo que dan ganas de lamerlo. Definitivamente no es una concha de la que pueda decirse apenas verla que es fea. ¿Por qué, pues, Martín seguía tan pensativo y no me concedía su voto? Lo conozco. Va a decir que lo mejor sería suspender su juicio hasta tanto no tenga mayor experiencia en la materia. Lo mato si me sale con esas. ¿Que la experiencia permite comparar y fijar parámetros? De acuerdo. Pero hay momentos en que hay que saber jugarse y elogiar una concha de la que en el fondo del alma nada podemos afirmar. Porque al fin y al cabo se puede amar a una mujer que tiene una concha fea. ¿O no? ¿Será eso lo que tanto piensa, si puede amar a una mujer cuya concha es fea? ¿Se pregunta si es capaz de amarme a pesar de la fealdad de mi concha que es en realidad la fealdad de todas las conchas, aunque a mí me parezca bonita, amigable y saludable? ¿Con mi preguntita habré destapado la caja de Pandora, será este el fin de nuestro amor, que parecía signado para toda la Eternidad?

-La experiencia no cuenta en este asunto, así haya visto mil conchas -dijo como para sí-. En mi teoría el juicio sobre belleza y fealdad es espontáneo, inmediato y absoluto. El asunto no es objeto de un debate interior ni público.

Lo veía enredado en la espinosa cuestión. Mala idea, pensé, meternos en este berenjenal cuando queda apenas un rato antes de que tenga que irme. El pobre parece un monje zen contemplando obstinadamente su tokonoma. La vulva se le aparecería como el nicho que alberga y protege, u oculta... el aparato excretor femenino. Tres orificios en línea, dos en el recinto vulvar y el tercero extramuros. Pero, por supuesto, no era en el orden de lo fisiológico que debía trazarse la distinción entre lo bello y lo feo. Era la cosa en sí, en tanto imagen,

aunque con todas las asociaciones más o menos poéticas que se quiera, lo que debía hablar y decir. ¿La cosa en sí? Hice un esfuerzo por abstraerme y quedar, desnuda mi mirada parasitada en la suya, frente a la cosa en sí en tanto imagen. Imposible. Unos pliegues de piel, un tanto congestionados por la fricción reciente, dejando entrever apenas una boquita abierta y sin dientes. Una especie de almeja, de herida, de boca escondida. ¿Bella? Imposible para mí decirlo: para mí es un animalito tierno al que mimo cuanto puedo para que cuando llegue el momento, de lo que sea, me cumpla, de manera delicada o salvaje, según y como venga la cosa.

Entonces Martín me miró a los ojos, sonriente y sereno, bello y guapo si se me permite ser redundante.

-Es fea -dijo a manera de conclusión-. Tu rostro es bello, tus senos son bellos, tus pies son bellos, pero tu concha no lo es. No en la misma medida. No creo que haya una concha bella.

Me dio ternurita su confesión, ni me hería ni me decepcionaba. En el fondo del fondo pensaba lo mismo que yo.

-No es bella -insistió mi ángel-, por eso está oculta en el rincón más secreto de la envoltura corporal, entre los muslos y detrás de una cortina de vello. Fijate que se la puede utilizar sin siquiera tener que mirarla. Como está oculta los hombres pueden imaginarla a gusto y placer, sin tener que tomar nota de que es fea.

Se quedó mirándome, vagamente desafiante. Su argumento, apostasía extrema de la religión del sexo, en lo que concernía a la vulva, la declaraba, por decir algo, irrelevante. Me miraba con una sonrisa búdica, más allá de la sensualidad y del misterio y de la sabiduría. No junté los muslos para ocultarle su objeto de disgusto. Antes bien separé más los labios de la vulva mostrándole el valle en todo su esplendor, desde el vértice hasta el vértigo.

Entonces me sorprendió. No porque yo no lo haya deseado, especialmente cuando le chupo la pija. Pero después de tanta cháchara y del veredicto negativo, me daba cosa pedirselo. Me parecía que tenía que ser algo espontáneo, como fue siempre espontáneo, desde la primera vez, chuparle la pija. Me sorprendió, pues. Giró sobre su cuerpo de manera de quedar con la cabeza entre mis piernas ¿qué digo con la cabeza? ¡con la cara! Entonces sacó la lengua y me la mostró, como amenazándome con ella. Valiente amenaza, tiene la lengua corta y rosada como la de un bebé.

-No... -balbuceé, y acomodé el cuerpo como para ofrecerle el plato de la mejor manera.

Inclinó la cabeza hacia un lado y me besó los labios como si besara los labios de mi boca. Su lengua separó los labios y recorrió el nácar rozándolo apenas con la punta. Suspiré desfalleciente, con toda la zona en llamas. Apoyé una mano sobre su nuca, pidiéndole más. Entonces enloqueció. Mi dulce exigencia lo enloqueció. Se lanzó a chupar cada pliegue y repliegue, aplicándose a devastar de inmediato todas mis defensas. Fue demasiado para mí. Se llenó la boca con toda la vulva y chupó como se chupa en el calor del verano para extraer todos los jugos de una fruta. Grité, a medias de placer y a medias de sorpresa por la violencia del orgasmo. Me estremecí una y otra vez como para soltar algo que ya no estaba allí, y quedé planchada. Entre brumas lo vi arrodillarse entre mis muslos, masturbarse unas pocas veces y soltar el semen sobre mi pubis. Me pareció que el goterón irradiaba luminosidad. Y me dormí. Me despertó la alarma de mi reloj pulsera. Acostado a mi lado Martín me miraba dormir.

-Tengo que irme -dije y recogí del piso mi bombacha. Me la puse sin secar el semen-. Me lo llevo conmigo -le aclaré.

-No me importa -aseguró-. Tengo mucho más.

Pronta para salir me incliné sobre la cama para darle un beso.

-Martina, mi amor... -susurró.

Una vez más sentí que éramos un solo ser, una especie de andrógino con dos cuerpos, y que nuestros nombres eran dos maneras diferentes y casi idénticas de decir lo mismo. En los cielos del orgasmo ya no me era posible distinguarnos.

INVITACIÓN AL SECRETO

Inseguro respecto de que mis presuntas genialidades y mis impertinencias hubieran despertado en Laura el Deseo, conmigo como Objeto, garabateé, en una tercera antinomia, un elogio de la curiosidad. Era un ángulo nuevo de ataque y me parecía especialmente apto para alguien dado a la filosofía. En mi fantasía la tenía sitiada y estaba derrumbando una a una todas las barreras de prudencia y decoro en las que pueda atrincherarse una cuarentona, o tal vez cincuentona filósofa de Secundaria, y crecía en mí la convicción de que Laura terminaría por preferir el escarnio público o la muerte antes que dejar pasar sin darle un mordisco con toda su bocota a la futura luminaria del Olimpo filosófico.

La idea era invitarla a cruzar el abismo que se abre entre la curiosidad y la indiferencia. “La curiosidad es la voluntad indiscriminada de saber, le decía, y la indiferencia es la voluntad indiscriminada de ignorar. Una abre infinitamente, la otra cierra definitivamente”. Y llegaba a conclusiones profundas, como que “la curiosidad implica la sospecha perpetua de que la apariencia no es la verdad de la realidad”. Y remataba, con ánimo capcioso, afirmando que “sin embargo, en el Génesis la única inclinación del espíritu que se reprime explícitamente es la curiosidad”. En mi opinión, si mis cuartillas no la predisponían a coger conmigo, debían por lo menos inducirla a intimar intelectualmente conmigo, lo cual, por supuesto, significaría un paso adelante en mis objetivos.

Le entregué mi tercera maravilla en el patio del Instituto a la hora que está más poblado. Hasta Martina estaba allí, conversando con sus amigas. Laura venía bajando por la escalera principal y yo la esperé en los primeros escalones, con el brazo extendido sosteniendo los papeles, como para darle un poco de espectacularidad dramática al asunto. Laura se detuvo con cara de espanto, como si toda la población del Instituto estuviera presenciando aquella espantosa exhibición de nuestra intimidad. Como si yo me estuviera vanagloriando frente a sus colegas y a mis coetáneos de la nueva -y bizarra- conquista que tenía para agregar a mi colección. Tomó los papeles y los guardó en el portafolios con gestos nerviosos, a punto de convertir en pelota de papel a mi tercera antinomia.

-Vamos, Laura... -le dije tan tranquilo como un flemático seductor-, nada está pasando, nadie nos mira, a nadie le importa.

Me miró desde detrás de sus gafas para sol envolventes, perfectas para personajes autoritarios y para diabéticos, y me habló sin apenas mover los labios, como un ventrilocuo o como preocupada porque le leyera los labios.

-Me da mucho gusto que te importe mi opinión -dijo, con un susurro tan silencioso como el de una culebra que saliera de su boca y se metiera en mi oído-, pero no es necesario que me des tus escritos en público, al principio del curso di mi mail de consulta.

Me quedé de una sola pieza. Por primera vez y así nomás, de sopetón, Laura asumía a nuestra relación como digna, o necesitada, de clandestinidad. Para mí aquello era definitivo, el paso crucial estaba dado. A punto estuve de gritar el logro como si fuera un gol olímpico. ¿O estaba exagerando, y ella simplemente me estaba diciendo que procediera por vías formales, como cualquier otro alumno de su curso? Viéndome la cara de confusión me dedicó una sonrisa, o así me pareció que debía interpretar su mueca, a menos que le hubieran dado unas ganas incontenibles de llorar. Seguramente porque mi cara de pasmado no mejoraba decidió dar otro pasito. Un pequeño paso para un gran seductor, pero un paso enorme para mí. La culebra volvió a salir silenciosa de su boca para venir a colarse en mi oído.

-Pienso que está llegando el momento que nos veamos para hablar de tus escritos -dijo, y aunque casi no la oía en mi mente su voz se volvía profunda e invitante, grave y sensual-. Y ese encuentro no va a poder ser aquí en el Instituto -agregó.

-Claro, por supuesto, no hay problema -aseguré, tratando de trivializar aquella ahora sí que inequívoca invitación para embarcarnos en lo más profundo de la clandestinidad.

No me dejó decir más. Siguió bajando la escalera como si nada. Para darle algún aire de casualidad al encuentro en la escalera y aunque pensara que en realidad nadie nos había prestado la menor atención, seguí subiendo, me dirigí al baño y me encerré en un gabinete. No podía creer que todo hubiera sucedido tan rápida y sencillamente. Estaba como mareado, necesitaba salir a la calle. Pensé que el Instituto se había convertido de pronto en un lugar peligroso, un lugar en el que tendría que empezar a cuidar mi conducta, el lugar del Pecado como no podría serlo ni aunque me cogiera a todas mis compañeritas, juntas o por separado. Coger con mis compañeritas eran Pecados Veniales, coger con la casi veterana profesora podía ser un Pecado Mortal. Me di cuenta de que desvariaba un poco. Necesitaba salir y correr hasta agotarme. Salí, pues, y corrí hasta mi apartamento. Hasta la última gota bebí del pico una botella de cerveza que tenía en el refri y me dormí.

Soñé que caminaba con un pie en cada una de dos paredes inclinadas que se unían allá abajo, tan lejos que no se veía dónde. Hacia arriba las dos paredes se separaban hasta perderse en la lejanía, dejando entremedio un cielo completamente blanco, como de yeso. Era difícil avanzar con un pie en cada pared porque el punto hacia el que avanzaba era tan remoto que era invisible. Lo mismo sucedía con el punto del que provenía. Agotado descansaba con la espalda contra una pared y los pies apoyados en la otra. Me preocupaba que ambas paredes, imperceptiblemente, también tendieran a unirse allá delante. En cuyo caso la pregunta era qué haría.

No tuve ocasión de interpretar mi sueño porque lo que me despertó fue la respiración de Martina sobre mis labios. Tiene una copia de mis llaves. Con dedos para cuya habilidad no

sabría yo imaginar mejor causa, me está desvistiendo. Eso le gusta, estar desnudos en la cama, relajados, sintiendo cómo, poquito a poquito, van creciendo las ganas.

-Te vi salir a las apuradas del Instituto y en cuanto pude vine para ver si estás bien.

Se desnuda y se tiende a mi lado.

-Le di mi tercera antinomia -dije desde la modorra-. En el patio.

-Si... los vi... -dice Martina acariciándome los pezones.

-Me dijo que tenemos que ser más discretos.

-¡Noooo...! -dice Martina con sorpresa y delicia-. Está entregada...

-Si ¿No?

-Uau -concluye Martina.

Tiene la mano blandamente apoyada sobre mi verga. Sé lo que quiere. Jugar al sismógrafo sexual, una especie de variación del polígrafo.

-¿Te la vas a coger? -pregunta, totalmente atenta a la máquina mano-pene, al penégrafo como ella lo llama.

-Ni loco -digo.

-Mentira -dice, atenta al enemigo rumor de la sangre-. ¿Te la va a chupar?

-Su bocaza no me inspira más que miedo -aseguro, sin énfasis.

-Chau -dice retirando la mano-. Alucinante. No hay detector de mentiras más preciso que el penégrafo. Te morís por una buena mamada filosófica.

-Pamplinas -digo-. ¿Vaginógrafo no hay?

-Claro que hay. Dame la mano. Tenés que meter el dedo corazón en la vagina, sin presionar, sólo lo que entre, sin empujar. Ahí lo dejás completamente quieto. Y hacés la pregunta.

-¿Querés coger con otros? -le tiré a quemarropa.

La mucosa vaginal pareció tomar consistencia y oprimirme el dedo. A Martina se le escapó un suspiro de gusto. Saqué el dedo.

-Y eso ¿qué respuesta es? ¿Como que te morís por coger con otro? ¿Con quién?

Martina soltó una risita.

-No te enojés, no es así. Es que estoy viendo pornografía y tengo imágenes que se me disparan.

Martina es Dios para mí. Sus confesiones me excitan y me llenan de ternura.

-¿Por qué mirás pornografía?

-Trato de imaginarme... no como performer de porno, que deben de ser unos laborantes infelices como cualesquiera otros... más bien trato de imaginarme lo que es tener un cuerpo pornográfico... un cuerpo totalmente funcional a la pornografía... ¿entendés?

-Entiendo... No, no entiendo... Nunca se me había ocurrido... ¿Puedo ayudarte en eso?

-No lo sé, apenas estoy empezando, son puras sensaciones. Veremos a dónde me lleva.

Conversamos sin énfasis, dejando que las palabras floten, resuenen vagamente y se desgranen hasta desaparecer, mientras nos tocamos los pezones, sin intención erótica, como algo que sólo compromete a nuestras epidermis, a las terminaciones nerviosas de los pulpejos y de los pezones. Flotamos en la nada, sin cable a tierra, al borde del sueño, porque estamos en la primera hora de la tarde, la hora de la modorra, de la siesta, porque adolescentes como somos aún no hemos olvidado las delicias de las siestas de la infancia.

-¿Qué estás pensando? -ronroneo.

-Pensando, nada... Sintiendo.

-Sintiendo qué...

-Que me voy abriendo, para recibirte.

Pongo la mano abierta sobre su vientre, que ondula dulcemente. Cierra los ojos y dice:

-Me gusta recibirte en la boca cuando, después de días sin vernos, el semen brota blanco, oloroso, y tan espeso que se pega a lo que quiera que toque... casi puedo masticarlo, me parece que estoy comiendo ostras...

-Para la próxima ocasión voy a tener en la heladera una botella de chablis para acompañar las ostras.

Más a menudo le acabo sobre los muslos o sobre el vientre. Se emociona, dice que no hay nada en el mundo más hermoso que el semen sobre la piel. Al anochecer se va y quedo leyendo y escribiendo hasta medianoche. La verdad es que nunca he pensado en casarme, soy poco más que un niño, pero si lo pensara, en nadie más que en ella pensaría. Obvio que tenemos muchas cosas que hacer, imagino, antes de que semejante cosa se nos antoje. Pero en lo que me concierne, estamos casados desde siempre y para siempre.

RENATO Y EL PROTECTOR

Mañana es el cumpleaños de Renato y vamos a cenar en un restaurant elegante, de manera que decidí adelantarle mi regalito. Dadas las circunstancias de la vida, de mi vida, quiero decir, Renato es el mejor esposo imaginable. Quizá el único posible. Tiene seis años menos que yo. Lo conocí cuando fui a su negocio a hacerme zapatos de medida. Se me estaban empezando a manifestar los juanetes que heredé de mi madre. Dadas ciertas peculiaridades tuyas Renato es radicalmente tímido con las mujeres, pero la segunda vez que nos vimos tuvo la increíble audacia de invitarme al teatro. Según me dijo después, se hubiera suicidado si dejaba pasar a la que instantáneamente le pareció que era la mujer de su vida. Dios lo bendiga, yo empezaba a pensar que mi soledad sería definitiva... aunque en realidad sólo supe que sí me casaría con él un tiempo después, cuando al proponerme matrimonio me confesó, mordiéndose los labios, que sin duda que sería una unión llena del mejor afecto, pero blanca, debido a una malformación congénita que le impedía tener relaciones sexuales. Yo, envenenada mi vida por mi absurda obsesión por los jovencitos, acepté, encantada en realidad, semejante propuesta de matrimonio. Mi vida conyugal no colidiría con mi pasión secreta. Y ya no estaría sola. Aquel hombrón serio y afectuoso sería mi compañero en lo que me quedara por vivir.

Hace unos meses y por casualidad supe cuál era la malformación. Al ir a bañarse la puerta quedó entornada y a través del espejo del baño lo vi desnudo. Tenía un pene enorme, le colgaba casi hasta la rodilla. Un caballo se lo envidiaría. Con semejante pene obviamente que no podía tener relaciones normales con nadie. En lo que me concernía la malformación era bienvenida. Podía seguir soñando con las pijitas adorables de mis adolescentes.

Pero poco después las cosas conocieron un giro inesperado. Un día Renato, muy excitado, se apareció con una novedad que me hizo sospechar que quizá la puerta del baño no quedó entornada por casualidad. Alguien le había traído de África un “protector”. Se trata de un adminículo de puro cuero, delicadamente cóncavo de un lado como para ajustar sobre la convexidad de unas nalgas en cualquier posición del cuerpo en que se lo prefiera. El aparato tiene dos orificios que lo atraviesan, uno en el extremo grueso y otro en el extremo más delgado. Evidentemente estaba pensado para serle útil tanto a personas de pene moderadamente largo como a personas de pene muy largo. Obviamente quedé pasmada ante semejante novedad.

-Laurita, yo no sabía de esta invención, me la trajo un amigo viajero -se apuró a explicar Renato-. Sólo quería mostrártelo, ni siquiera lo tomes como una propuesta. Tal y como estamos te aseguro que soy el hombre más feliz del mundo.

Lo tomé en mis manos. Lo olí. Obviamente que estaba sin uso. Pintadas sobre el cuero siluetas de amantes negros mostraban el modo de uso. No me sorprendió que el adminículo fuera de origen africano.

-Parece que es algo tradicional. Se usa desde hace... no sé... miles de años. Se lo vende en todas las farmacias -aclaró sonriendo, como para tranquilizarme-. Y en las tiendas de souvenirs para turistas, por supuesto...

No supe qué decir. Pensé que no tendría más opción que probarlo. Si le decía “No es que vos no puedas, es que yo no quiero” sería el comienzo del fin de nuestro matrimonio. Porque tantas ganas tenía Renato de coger con su legítima esposa, como las que yo tenía de coger con mis adolescentes. Suspiré hondo, tratando de resignarme.

-Pero vos sabés que soy virgen... -argumenté, a sabiendas de que no obstaba.

-Sí, claro... es un problema -balbuceó Renato, calculando que no podía a la vez probar el aparato y desflorarme.

- Y tengo una edad tal que no creo que sea fácil...

Quedamos callados, pensativos.

-Quizá lo mejor -sugirió Renato finalmente- sería consultar con tu ginecóloga... y a lo mejor ella... es una cirugía muy menor ¿no?

En eso quedamos. Delia es mi ginecóloga desde hace una década o más. Tenemos confianza. Le expliqué, sin vueltas.

-Permitime que me ría -dijo, riéndose-. Es la historia más delirante que me trajeron en años. Te casaste añosa, tu marido no quiere desflorarte y te manda con la ginecóloga para que se ocupe. Este sí, con todo respeto, que es un pelotudo.

No quise decirle el tipo de pene que tiene Renato, hubiera pasado de la risa a la carcajada.

-Querida, si escribo un libro de anécdotas estás en el capítulo primero -decía preparando el instrumental.

La cosa duró minutos. Unas pocas gotas de sangre. Delia me despidió con otro ataque de risa y me dio un consolador.

-Durante la próxima semana lo usás varias veces por noche, por si queda tegumento sin desgarrar. Si perdés alguna gota más no te preocupes en absoluto.

El día que terminó la veda y le dije a Renato “Estoy pronta” fue precisamente el día de comienzo de los cursos de este año, día en que por primera vez vi a mi Adonis. Para él también estaba pronta. Esa noche mi hombrón se metió en la cama trayendo la cajita de madera laqueada y forrada de terciopelo rojo en el que guarda el adminículo presuntamente milagroso. “Considerando las características genitales de los hombres negros” pensé “si esto les sirve a las negras para disfrutar de su matrimonio, no veo por qué no pueda sernos de utilidad también a nosotros”.

Renato había forrado también con terciopelo todo el largo del orificio para penes largos, de manera que la fricción contra el cuero repujado no le resultara demasiado onerosa. Debo decir aquí que la tremenda verga de Renato tiene una ventaja no menor: al erectar no alcanza una total rigidez. De manera que, si penetrarme le resultó todo un trabajo, no sólo por su calibre sino también por los malabarismos que tenía que hacer para mantener el aparejo correctamente alineado, una vez alojado lo que podía alojarse, lo que siguió, en términos de ponerla y sacarla, no me resultó para nada desagradable, y si esa primera vez no alcancé la sensación orgásmica, ya la segunda vez, unos días después, no pude sino alcanzarla. Debo confesar que, cuando la cosa alcanzó velocidad de disfrute, por encima del hombro le pedí, con voz desfalleciente, que no acabara dentro. Aun no había tenido la menopausia, y no era cuestión de bendecir nuestro matrimonio.

A punto de acabar desmontó y se dejó caer a mi lado, se sacó el aparato y atrapando con ambas manos la verga casi tumefacta se puso a maltratarla para alcanzar el final. No era muy inspirador, aunque sí divertido, verlo con los ojos en blanco, agitando brazos y piernas como una cucaracha que cayó de lomo y no puede darse vuelta, atacada por un gran gusano que intenta meterse dentro de su abdomen, en plena erupción lanzando al aire lefa suficiente como para preñar a todo un harén. “De la que me salvé” pensé y empecé a considerar que todo sería soportable si lograba que no me embocara con un chorro de su “líquido vital”. Valía la pena el riesgo, porque por muy torpe y bizarro que fuera nuestro mutuo débito conyugal para mí era como la garantía de que, a nuestra peculiar manera, seguiríamos siendo de por vida algo parecido a un matrimonio. En lo sucesivo hubo cariñosas y afectuosas negociaciones en las que el muy taimado me aseguraba, casi con lágrimas en los ojos, que necesitaba depositar su semen dentro de mi cuerpo, que sin eso se sentía frustrado, sin importarle en absoluto en cual de mis orificios se descargara. Tuve que aceptar que fuera en la boca, porque en el culo, ni hablar.

Para la víspera del cumpleaños de Renato, cuando decidí adelantar su regalito y con tal fin salí del Instituto derecho por Dieciocho hasta Si-sí, ya habíamos alcanzado una rutina sexual para ambos razonable y satisfactoria, primero su verga dulce y ancha me empujaba torpemente hasta el orgasmo y luego se tendía en la cama haciendo la cucaracha, con la diferencia de que la bola de lefa venía a depositarse en el fondo de mi estómago, para lo cual conservaba puesto el protector, no fuera cosa que le diera un arranque de entusiasmo y tratara de entubarme el esófago con la vergaza para acabar lo más adentro posible. En Si-sí quería comprar una

bombacha y un sostén de puras puntillas, decente pero delicadamente incitante. Se lo merecía: aquella noche del debut, artilugio mediante, comoquiera que fuera, había conocido lo que es el ardor de un hombre... y el ardor que puede dejarte en la piel... Cogiéndome había hecho por fin de mí una mujer -aunque haciéndolo no me acercara en absoluto a la satisfacción de mi verdadero deseo. Estaba considerando en detalle modelos de bombacha cuando vi en el espejo que, en la calle, mirándome a través de la vidriera estaba mi Adonis. Nuestras miradas se sostuvieron y con más audacia de la que me creo capaz giré hacia él sin bajar el calzón, como mostrándoselo. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sonrió, me sopló un beso y desapareció. No tengo dudas de que pensó que me estaba preparando para él.

EL PROYECTO DE MARTINA

Anoche estuve mirando pornos hasta tarde. Como a la quinta paja comprendí qué es lo que me interesa, o, más exactamente, qué es lo que quiero o pretendo, en tanto experiencia personal, de la pornografía. Quiero tener un cuerpo pornográfico. No imaginármelo sino tenerlo realmente... aunque no viviendo la vida de una performer de porno. También comprendí que si era capaz de plantearme tal cosa era porque contaba con el cómplice perfecto para la experiencia.

Llegué a la hora prevista, él había llegado unos minutos antes. El pobre estaba de un humor ensimismado, por no decir sombrío. Había nubarrones en el gesto cejijunto de mi amor. Me pregunté si no lo tendría irritado que la bendita profesoreta le estuviera dando largas al asunto. ¿Sería tan idiota como para negársele? ¿Cuándo en la vida le va a tocar otro bomboncito como el mío? Llegado el caso, si tengo que sacudir el árbol para que caigan las nueces, lo haré. Pero en fin, me consta que a Martín andar con algo entre ceja y ceja no le quita las ganas de coger conmigo.

Apenas entré dejé caer al piso mi abrigo y mi cartera, me abrí la blusa, como si fuera la Superchica, bajé las copas del sutién, saqué las tetas y las acaricié con las diez puntas de los dedos, como quien toca el piano. Venía cargadísima de expectativas. No podía más. Nunca tuve las lolas así de sensibles. En el bus me crucé de brazos para apretarlas y caí como en una nebulosa de placer. Si, como en los pornos, alguien se hubiera parado detrás de mí, me hubiera levantado la falda y me hubiera embocado, me lo hubiera cogido descaradamente hasta acabar aunque nos estuvieran viendo todos los pasajeros. Acabar yo, no él, que aunque humilde albañil sería todo un caballero, y alcanzada la hazaña se retiraría, sin más.

Con las tetas así, totalmente afuera y colgando, me parecía como si hubiera soltado a dos animalitos ansiosos de que les hagan algo.

-¿No las ves más grandes? -le pregunté, viciosa.

Las tomó en las palmas de las manos.

-Más grandes, y más redondas, y más pesadas -fue diciendo y apretándolas suavemente, haciéndome sentir como que me iba creciendo un orgasmo de tetas.

Se inclinó y besó un pezón y luego el otro, con unción y delicia, y sin apuro, como si fueran boquitas. Sé que lo enloquecen lo grandes que son mis areolas, su piel rosada y delicada. Las chupó con toda la boca. Si en ese momento me hubiera tocado abajo, un poco nomás, una

sobadita por encima de bombacha, hubiera acabado gloriosamente, y quizá me hubiera arruinado los planes que traía.

Pero sí quería que me mordiera las tetas. Sí, que me las mordiera hasta marcarlas. Sé que es feo, grosero y canalla, pero es lo que quiero. Que me queden las marcas de sus dientes para mostrárselas a la Beba y a Luci. Me caliento de sólo pensarlo. Pero no... morderlas, no. En el porno no se muerden las tetas. Hay reglas. No se puede cualquier cosa, a lo salvaje, como una puede permitírselo en la vida privada.

-Esperá un poco... -lo frené-. Vamos a empezar con las tetas... pero de otra manera.

Mi amorcito miraba con los ojos redondos por la sorpresa, ya que no nos es habitual este tipo de interrupciones.

-Dale, empezamos por las tetas como vos quieras -respondió solícito y ansioso.

-Desvestite y acostate -ordené, sacando el celular de la bolsa.

Puse el celu en el mini-trípode, sobre la mesa de luz. Encuadré hasta la mitad de la cama.

-¿Y eso? -preguntó Martín, espabilándose.

-Un souvenir -dije desvestiéndome-. Ahora dejame ahí -dije, y me acosté en su lugar.

Miré al celu, el encuadre era perfecto.

-Montate encima de mí -le indiqué-. No, así no. Con la pija a la altura de las tetas.

-¿A quién le vas a mostrar esto? -preguntó algo inquieto.

-A nadie, a Lucy y a la Beba a lo mejor.

-Se me van a tirar encima -dijo-. ¿Así la querés, dormida? -preguntó.

Con dos dedos se puso a acariciar la cabeza de la pija, bajando y subiendo el prepucio. Amo el cuerpo de mi Otro Yo. Flaco pero musculoso, y re-peludo. Especialmente amo sus muslos. Abrí la boca y saqué la lengua como dispuesta a tragarme lo que me tirara y la pija terminó de estirarse.

-Ponela entre mis tetas -dije.

Lo hizo, apoyando ambas manos sobre la almohada para inclinarse un poco hacia adelante. Junté entonces las tetas de manera que sólo la cabeza desnuda quedó visible.

-Ahora cogéte las, despacito, sin apuro.

Lo hizo. La pija de Martín iba y venía por el desfiladero cálido entre mis tetas. La cabezota aparecía y desaparecía cada vez más colorada y brillante. Cuando aparecía yo acercaba el morro y casi me rozaba los labios. Un jueguito delicioso y exasperante. Martín se súper calentó y me habló como no me habla nunca, como calculo que se le habla a las putas, pero no cambió el ritmo de la cogida. Por mi parte nunca creí que la sensibilidad de las tetas pudiera calentarme tanto. Hubiera querido que me las estrujara, me pellizcara los pezones y me mordiera tanto como quisiera, pero ninguno de esos excesos estaba en el menú de una cogida de tetas. Tenía la concha en llamas, sin manos para aporreármela, de manera que me puse a culear contra la nada y conseguí lo que nunca antes: un polvo de aire. Un polvo flaco, periférico, superficial, un poco irritante, que me dejó más y no menos caliente.

-Dejame a mí -dijo entonces, y con una mano en cada teta hizo más apretado el desfiladero. Entonces aceleró la cogida. Se me escapó un gemido de placer, muy maricón, a punto de desfallecimiento.

-Voy a acabar -advirtió Martín con la voz re-ronca que le sale en estas circunstancias y que lo hace babearse en abundante, en la ocasión sobre mi frente, lo cual me dio oportunidad para, abriendo bien la boca y tirando la cabeza hacia atrás, corregirle la puntería para recibir un poco de su néctar en el fondo de mi garganta, lo cual no está explícitamente prohibido en el menú del porno, probablemente porque ni se les ocurrió la idea. Me retorcí los pezones, fantaseando que al acabar soltarían un chorro de quién sabe qué jugo.

-Tenés que acabar así. Y después me la das para chuparla -alcancé a decirle.

-Son como nalgas tus tetas... -balbuceó Martín desde la Luna, queriendo comunicarme quién sabe qué descubrimiento.

Paf, paf, paf, la cabezota salía y lanzaba una bola de semen, volvía a meterse y regresaba con otra escupida más larga todavía, hasta que en el hoyito entre las clavículas y la tráquea se me hizo una laguna de lefa. La laguna de lefa de mi Divinidad... Acabé otra vez, esta vez a fondo, retorciéndome como una serpiente atrapada. Entonces Martín adelantó el cuerpo y me dio la verga a chupar. No me tocaron las migajas del banquete. Chupé con fuerza y me solté una última correntada. Se retiró, con un suspiro como de quedarse sin alma. Entonces mojé el pincel en las aguas blancas y densas de mi laguna clavicular y fui dibujándome la piel desde las tetas hasta el vientre y de ahí al pubis para terminar adobando con dulces estremecimientos la zona misma del vértice. Martín, derrumbado, se abrazó a mi costado. Dejamos que minuto a minuto el velo del temprano atardecer invernal nos fuera cubriendo.

De pronto me acordé de la grabación. Me di vuelta hacia el celu y le sonreí, con cara de pavota como pude comprobar después. Me estiré y lo apagué.

-Muy graciosa -dijo Martín parado junto a la heladera, desnudo todo a lo largo de su cuerpo, bebiendo a tragos de una lata de cerveza-. ¿Cómo quedó? ¿Me veo bien? ¿Querés una cerveza?

Miré el reloj. Teníamos, por supuesto, tiempo para cerveza, y para recuperarnos y echar un polvo en serio. Cosa que hicimos.

Por la noche en casa cenamos en familia. Estábamos todos: ma, pa, mi hermana y mis dos hermanos. Sentí cosas raras. Por momentos ya no era yo, la hija y hermana de todos estos años, parte de un todo familiar en el que nadie se pregunta qué o quién es el otro porque todos sabemos desde siempre qué y quién es el otro. Esa especie de transparencia ya no estaba, todos me parecían opacos, portadores de un núcleo oscuro y desconocido para mí, quizá porque sabía que yo ya no era transparente para ellos, aunque todavía no se hubieran dado cuenta. Yo empezaba a ser vagamente, a retazos, la de siempre, pero también, intermitentemente la otra, la abierta a todo, o casi todo, lo que le pidan, la del cuerpo pornográfico. Ganas no me faltaron de levantarme de la mesa, ir a mi cuarto y borrar del celular lo hecho, y si una falla me impidiera borrarlo, lo metería en el agua del lavatorio y le apretaría el gaznate hasta ahogarlo.

En fin... no lo hice. Supongo que eso significa no poco. Significa por lo menos que una va aceptando la mutación, empezar a formar parte de una familia de extraños. ¿Es ese el precio por empezar a saber de sí? Empezar a ser una extraña para los más cercanos. Ya en la cama me

dispuse a analizar lo más objetivamente posible lo hecho. Lo primero que vi fue que parecíamos sencillamente una parejita de no profesionales, de amateurs haciendo un videíto porno. Pensé entonces que la legión de jovencitos y no tan jovencitos que hacen esto mismo y lo suben a un sitio porno, o no lo suben, porque es evidente que por cada uno que lo sube hay mil que no lo hacen, esa legión no necesariamente lo hace por unos mangos o porque aspiren a una carrera profesional. Lo hacen seguramente, como yo misma, porque quieren tener un cuerpo pornográfico, quieren la experiencia del cuerpo pornográfico, o más exactamente la experiencia de verse convertidos en cuerpo pornográfico. Pero... ¿y antes de que el cuerpo pornográfico viniera a instalarse en el paisaje de nuestras vidas? ¿Cómo negociaba la gente con este oscuro deseo de estar disponible para los antojos sexuales de otro cualquiera, sin rostro, sin nombre, apenas identificable por una genitalia exigente y caprichosa? La respuesta me parece obvia: este inconfesable deseo encontraba su camino a través de la imaginación, el adulterio o la prostitución. No hay gran diferencia entre nuestro videíto y cualquier otro hecho en casa que pueda verse en la red porno: la misma crispación en la expectativa de la erupción y la misma fascinación por el semen sobre la piel. Apagué el celular y me fui durmiendo, imaginando que le hago a mi amor algo que hace rato tengo ganas de hacerle y que me olvido cada vez que estamos juntos: lamerle cada centímetro cuadrado de su envoltura corporal.

EL CUMPLE DE RENATO

Entonces... la previa del cumple de Renato... y mi Adonis espiándome desde detrás de la vidriera de Si-sí. Se lo veía ansioso, es que ya le dije que sí, claramente, pero no le dije cuándo. ¿Por qué? Obviamente porque tengo miedo. Miedo de que llegado el momento se ría de mí y me diga “¡Que la inocencia te valga, vieja loca!”, y de que ahí estén sus amigotes, muertos de risa también, y que quizá hasta procedan, en castigo por mi bobera, a propinarme una violación tumultuaria. ¡Delicia de las delicias todas esas pijitas dulces e inocuas! Vergüenza de las vergüenzas... de la que no seré capaz de formular acusación ni denuncia ante ninguna instancia a menos que quiera ver reducida a cenizas toda mi carrera docente y el prestigio de mi Ilustre Padre. Sólo me quedará huir y esconderme hasta que esta generación pase y desaparezca mi vergüenza en las nieblas del olvido.

Y hoy, finalmente, el cumple. Renato llegará a las seis y media de la tarde, como siempre. A las seis en punto cierra con llave su escritorio, se pone el sobretodo, la bufanda y el sombrero, recoge su portafolios y también la bolsita del tupper, saluda a su secretaria y se va, con su paso lento y pesado de pie plano absoluto e incorregible. Tardíamente tratado su problema de pies lo llevó a descubrir lo difícil que es encontrar zapatos adecuados para las necesidades de cada pie. Comprendió que los pies de un vasto porcentaje de los ciudadanos son torturados en zapatos diseñados para nadie en particular. En realidad, en casi todos los aspectos de sus vidas los ciudadanos duermen en Lechos de Procusto. Concibió entonces la idea de instalar un taller en el que se fabricaran sólo zapatos a la medida, por artesanos minuciosos en todo lo concerniente a la selección de materiales, las medidas y el diseño. No le fue fácil llegar a consolidar un nicho de mercado, con las zapaterías como competencia más que dispuesta a ningunear cualquier opción de zapatos a la medida. Sólo algunos podólogos y traumatólogos lo fueron surtiendo de clientes. Pero la paciencia y la determinación de Renato, son infinitas, como tuve ocasión de comprobarlo en carne propia, y no la de mis pies, precisamente. Hoy en día el negocio se ha ampliado y consolidado. Los clientes satisfechos recomiendan el taller de Renato, con lo que el taller es ya casi una fábrica, con un número importante de artesanos produciendo.

Esta es, podríamos decir, la épica de vida de mi marido, mezcla de self-made man y ogro benefactor de la Humanidad. Él se siente orgulloso de este relato y yo me siento orgullosa por él. Por su parte él, que no terminó el liceo, se siente orgulloso de su esposa intelectual y perteneciente a una familia de prosapia universitaria. Le encanta que argumente para él sobre temas filosóficos, o en perspectiva filosófica, siempre que sea a partir de una cuestión práctica, como por ejemplo, si los animales tienen derechos, o si la corrupción en los gobiernos es inevitable. De la misma manera disfruto yo escuchando las minucias de la vida en un taller de artesanos. Ciertamente el discurso de Renato abunda en balbuceos y en cambios de tema por demás torpes, pero me hace compartir la belleza que hay en poder fabricar, con la sola habilidad de las manos un objeto bello y perfectamente adecuado para su uso, dando alivio y felicidad a su destinatario. Si alguna vez tuviéramos un hijo, cosa que no va a suceder, en primer lugar porque yo no estoy dispuesta a asumir esa responsabilidad a mi edad, me gustaría que fuera filósofo... o artesano zapatero, siguiendo con el negocio de su padre.

Así pues, somos un matrimonio tardío en el que naturalezas prácticamente incompatibles han llegado a articularse de una manera por demás armoniosa -siempre que sepamos conservar las respectivas zonas secretas bajo llave. Así por ejemplo, yo vivo secretamente obsesionada por una imaginería erótica tan incesante como vulgar, delirante y vagamente criminal. Lo que recibo en el lecho conyugal una vez por semana artilingüístico mediante, no es para nada lo que necesitaría para apaciguar a la bestia que me devora y que mantiene en el infierno a fuego lento tanto mi cuerpo como mi mente. A menudo me he preguntado qué sería mi vida si en vez de ser feúcha estuviera adornada con las galas de la belleza y la sensualidad. Sería la mujer más puta del mundo. Me daría de la manera más desvergonzada a todos mis tiernos educandos, siempre tan despectivos de la Filosofía. Ya les enseñaría yo, por vía sexual, a apreciar la disciplina del pensamiento. Y sería intocable, porque la belleza de las mujeres, aún más que la inteligencia de los hombres, es inimputable; se le perdona todo, como a mi padre se le toleraba todo. Pero en fin... siendo las cosas como son, me he sometido a la marea cotidiana de deseos y tentaciones tratando de alcanzar el mismo grado de indiferencia con que se reza el rosario. Hasta que apareció mi Adonis.

Cuando llegó Renato a las seis y media le tenía pronto un baño de inmersión con sales aromáticas. Un ratazo pasó el hombrón en remojo sorbiendo gota a gota su vermouth. Para después del baño le tenía preparada su ensalada preferida, que lleva anchoas, queso de cabra, tomates y berro. A esta altura del año el berro y tomates con gusto los conseguí sólo en la Tienda Inglesa, a precio de oro. Su abuelita se la preparaba, y luego su madre. Imagino a la que dio a luz a semejante hombrón, sería una especie de ogra del tamaño de una osa. Yo soy buena para las ensaladas, aunque mala para la cocina de olla. Comió su postre favorito, un Mazzini, infaltable, según me dijo, en sus cumpleaños. Luego bebió una taza de té de boldo mirando el informativo.

Cuando por fin estuvo plácidamente acomodado en el lecho conyugal hice mi aparición estelar. Hasta ahora habíamos rendido el débito conyugal con muy poca luz, con apenas una veladora de luz muy pobre, en semi penumbras, digamos. Hoy, al salir del baño en salto de cama, encendí la luz cenital del dormitorio, que es casi tanta como la luz de un quirófano. No voy a negar que aquella posesión monstruosa en la oscuridad por una verga bestial a la que había que sujetar para que no me dañara, poco a poco fue despertando en mí el desenfreno. El protector contra mis muslos terminó por excitarme, y empujaba contra el cuero como una garganta hambrienta robándole centímetros de verga, el frenesí era tal que deseaba que aquella cosa saliera de en medio para que el monstruo liberado me atravesara hasta salirme

por la garganta. Renato me hablaba al oído para calmarme, me hacía “shhh, shhh” como se hace a los niños para que se duerman, hasta que la ola del orgasmo me apaciguaba, porque, como es sabido, en el lugar adecuado hasta el masaje más brutal puede conducir al orgasmo. Pero en fin... hoy ya no más penumbras: fiat lux. Me saqué los lentes y los dejé encima de la cómoda, me detuve a los pies de la cama y no sin temblor, como una exhibicionista de manual, me abrí por completo el salto de cama. ¡Y que no se le ocurriera hablarme de los lindos ojos que tengo! Tetas apenas tengo, apenas lo necesario para calificar. Y mis caderas no son las de la Reina del Mambo, pero el conjunto de la cosa, visto a través de unas bellísimas puntillas, acaso porque el espectáculo no se le daba a manudo, no podía resultarle menos que impactante. Se quedó como congelado, mirándome como si yo estuviera en la pantalla del televisor y no allí, perfectamente a mano.

-¿Te gusta? -pregunté.

-Me encanta -respondió, volviendo en sí.

Me acerqué por su lado de la cama para que viera mejor lo que quería mostrarle ocultándolo.

-Date vuelta -pidió.

Dejé que se deslizara hasta el piso el salto de cama y me di vuelta, pero fugazmente, porque estoy horriblemente consciente de que mi fealdad alcanza su máxima expresión en mis magras nalgas. Tengo las nalgas de una mujer de setenta años.

-Sos hermosa -dijo, y estaba claro que era sincero al decirlo.

-Desnudate -le pedí-. Quiero verte.

Vagamente me parecía comprender que en la exhibición a plena luz de nuestras fealdades celebrábamos nuestro verdadero matrimonio.

Me miró con cara de resignación y salió de la cama. Se quitó el saco de pijama mostrando el pecho, peludo más allá de lo humano. Apoyó los pulgares en la cintura del pantalón como dispuesto a bajárselo, pero se detuvo.

-¿Acaso creés que te voy a querer menos? -le pregunté al verlo dudar.

Dejó caer hasta el piso el pantalón del pijama y lo vi por primera vez en todo su fantástico detalle. Decir que su miembro era feo sería muy poco decir. Era un tubo pellejudo de color ceniciento que le colgaba casi hasta la rodilla. Tenía algo de criatura misteriosa de las profundidades marinas, sacado a la superficie y expuesto en toda su rara fealdad. Renato me miraba registrando cada una de mis reacciones.

-Es hermoso -dije-. Es único. Me siento orgullosa

Era justo lo que tenía que decir. Me sentí feliz por haber encontrado espontáneamente las palabras que me parecían adecuadas. Porque la fealdad puede en determinado punto, devenir belleza, y ese punto de inflexión está en el carácter único, insuperable e irreplicable del objeto. ¿Dónde si no? Heme aquí completando la antinomia sobre la belleza. Pero en sus ojos vi que se preguntaba si estaba loca, o era mentirosa, o simplemente había vivido equivocado acerca de lo que es bello y lo que es feo. Decidí que de ahora en más sería así, a plena luz, como bichos copulando en un laboratorio. No sólo para que él, a través de mi mirada normalizadora, se sintiera normal, sino también para reconocer mi fealdad como algo único, como la belleza de la Mujer del Pijudo, del tipo con la verga más horrenda imaginable.

-Acercate -le pedí.

Se acercó, lento y nervioso como un caballo recién domado. Levanté el animal dormido en la palma de mi mano. Se veía chato, desinflado, exánime. Lo descapoté. Me parecía extraño que algo tan potencialmente agresivo permaneciera dócil en mi mano. Me pareció que se contraía como queriendo iniciar un movimiento de huida. Me sentí como en una charcutería, eligiendo algún tipo de entraña o de embutido exquisito para cocinarlo en la parrilla.

-Es increíble, es el sexo de un dios -dije-. Quiero verlo en todo su esplendor -pedí.

Renato me miraba como si no entendiera lo que le decía, pero como no hizo señal alguna de desaprobación la idea empuñé la cosa con ambas manos y comencé a masturbarlo, lo cual no era nada fácil, porque sobraba mucho paño y, sin una mínima rigidez, se me doblaba para un lado y para el otro, como una bicha escurridiza. Renato apoyó su manota sobre mi cabeza.

-Laura... -dijo, pero no supe descifrar si con su caricia intentaba motivarme o disuadirme-. Tengamos paciencia, me siento perturbado y cohibido.

Pero noté que su manaza se deslizaba hacia mi nuca y luego presionaba suave, taimadamente, como para acercarme, a la vez que la cosa iba adquiriendo algún grado de tumefacción.

-No quiero que hagas algo que no quieras hacer, no quiero que lo hagas sólo por compasión -musitó cálido, casi paternal, siempre presionando delicadamente mi nuca.

Pensé que para algo tengo la boca que tengo, que para algo en algún momento tenía que llegar a serme útil y adecuada. "Besa al sapo" pensé y lo besé. Pero no era sólo besarlo. La presión continuaba sobre mi nuca. No pude sino abrir la boca y aceptar lo que pudiera alojar. Increíblemente fue en ese momento, y nunca antes, que comprendí lo que quería decir aquel compañerito de sexto año de escuela que, repitiendo seguramente algo que le oyó a su padre, me dijo "Linda boquita para el juego del sapo". No se refería en realidad al juego del sapo sino a practicar una felación. En cuanto estuvo dentro de mi boca tanto como podía estar, la cosa alcanzó su rigidez. Me apliqué a demostrarle que si por mi fuera me la metería entera.

-Querida mía... -balbuceó sentimentalizando un poco aquel encuentro frenético y desigual.

Prendida con ambas manos del garrote chupaba y rechupaba la cabezota, cubriéndola y desnudándola, lamiéndola como si en lamerla me fuera la vida, y en cierto modo así era porque sentía que tenía que llevarlo al orgasmo antes de que en una súbita explosión de pasión amorosa empujara con todas sus fuerzas venciendo válvulas y orificios y cualquier límite natural que se le presentara hasta clavarme como se clava con una estaca a un vampiro. Era acabarlo ya o renunciar a mi plan A de cumpleaños de darle una mamada natural y normal como de fulanos cualesquiera, para pedirle luego que se ponga el aparato de manera de poder chupar, como cualquier hija de vecino, una verga si no de calibre por lo menos de largo razonable.

Pero no me dio el tiempo, me lo impidió la urgencia, se amplificó de pronto el oscuro rumor de la sangre y de la lefa, me aferré al tallo que corcoveaba como una bestia exigiendo su libertad. Ni hablar. Me mantuve en mis trece: no más que la cabezota tendría dentro de la boca en el momento del desenlace. Y así fue: manó el semen y fue tan caudaloso que apenas me daba la garganta para tragarlo. Cuando pude mirarlo vi que tenía en la cara una expresión tal de beatitud que parecía como si acabaran de depositarle una hostia de 24 quilates encima de la

lengua. Dormimos abrazados. Entre ambos, el garrote, que se resistía a aflojarse del todo. Parecía aquello una vela de armas. En medio de la noche me desperté con la cabezota en mi mano. Yo no la busqué de manera que debe de haber sido ella la que a ciegas buscó hasta encontrarme. Qué ternura. Al dormirnos Renato susurró: “Estaba seguro de que la vida guardaría para nosotros algunas alegrías”.

ULTIMATUM

Después de la capitulación incondicional que me había parecido el episodio en la escalera sobrevino el silencio. Ni un comentario, ni una señal secreta de entendimiento. Como si la señora hubiera decidido dar por terminado nuestro affaire antes mismo de comenzarlo. Furioso decidí que no iba a permitirle que frustrara todas las justas expectativas que había despertado en mí con todo y su aspecto de mosquita muerta. Pero, puesto que sé cuán grosero puedo mostrarme cuando me siento frustrado, no me atreví a encararla y pedirle cuentas de viva voz. Recurrí al único canal legitimado de comunicación que tengo con ella. Le escribí una nueva antinomia -oponiendo al puritano y al libertino-, clarita como el agua y breve como debe serlo un ultimátum, y se la envié por mail, tal como lo pidió, última concesión para con sus prudencias y temores.

“Puritano es el que acepta como norma de vida la represión de los deseos. Libertino es el que no acepta represión alguna para sus deseos” empecé diciendo. Me siento muy seguro en un tema en el que no me han faltado lecturas. Reproduzco por completo la antinomia, que me parece tan convincente como concisa.

“El mundo del puritano es el de la negación. Sólo satisface su deseo si ha cumplido con todas las condiciones necesarias para levantar la restricción. Levantar la restricción es siempre con condiciones. La restricción, además, se levanta para ciertos aspectos del deseo que lo legitiman, y no para otros que no tienen forma de legitimarse, y se levanta siempre en la medida adecuada, o sea en la medida que excluye la posibilidad de toda desviación o exceso. Pero el puritano no piensa en lo que se pierde por las restricciones, piensa en lo seguro que vive en un mundo en el que los demonios del deseo están bajo control. No quiere ni saber cómo sobreviven los que no han asumido la actitud puritana, padeciendo los tormentos del deseo en un mundo que no deja de inventar nuevas tentaciones”.

“Libertino es aquel cuya norma de vida es no reprimir sus deseos. No le importa la naturaleza del deseo ni a qué desviaciones o excesos pueda conducir. Lo que le importa al libertino es ir hasta el final, agotar el deseo hasta que no quede ni una brasita entre las cenizas, y se apague. Logrado esto, aunque sea por un rato, la vida se le hace de una chatura total, de una indiferencia total, en la que no sopla en absoluto el viento del deseo”.

“Si la felicidad del puritano radica en la seguridad de que no hay tentación alguna a la que no pueda resistirse, la felicidad del libertino está en alcanzar el punto en el que sabe que, agotados, han dejado de tener imperio sobre él cualquiera de los deseos imaginables. Entre uno y otro extremo caben todas las posibilidades de la hipocresía. Las figuras del puritano y del libertino, en toda su extrema pureza, ponen en jaque y desacreditan a cualquier componenda intermedia. Pero hay que tener presente que todos vivimos en alguna de las componendas posibles. Nadie vive en la intemperie brutal de los extremos”.

Al enviarla, satisfecho con mis talentos, pensé que si tal como creía la tenía sitiada, este puntillazo final acabaría con sus últimas resistencias.

LAURA Y MARTIN REALIZAN SU DESEO

Me envió su cuarto engendro. Martín tiene dotes para ser el Dr. Frankenstein de la Filosofía. Veladamente me invita a definirme como puritana o libertina, o para fijar mi nivel de hipocresía. Está impaciente, irritado, porque no concreto. Mi Adonis... después del homenaje que le tributé a mi noble bruto por su cumpleaños, puede decirse de mí que estoy llena de la leche de la bondad humana, que estoy legitimada para cualquier compensación que yo me quiera ofrecer, y vos sos precisamente la compensación que quiero ofrecerme.

-Veámonos. Es hora de convergir y conversar -le escribí de inmediato-. Pero tiene que ser en un lugar muy discreto.

-Vivo solo. A diez minutos caminando desde el Instituto -respondió.

-Dame la dirección. A las tres estoy ahí.

¿Convergir y conversar? Como si hasta ahora hubiéramos estado en paralelo e incomunicados. Cada uno se representa las cosas como le parece. No fui a clases. Puse un poco de orden en mi cubículo, lavé la poca vajilla que tengo, escondí mi ropa sucia, compré víveres por si pintaba una encerrona de larga duración, como en las películas eróticas. A las dos de la tarde harto de esperar sentado en una silla, comiéndome las uñas, mirando el reloj cada cinco minutos, sin poder leer ni escribir por la ansiedad, arranqué para el Instituto y me instalé en el boliche de la esquina.

Salió a la hora justa y enfiló en la dirección correcta, con paso firme y regular, ni lenta ni apurada, sin mirar ni a un lado ni al otro, como si estuviera acudiendo a una cita formal, de trabajo, y no al bulín de su amiguito under age. Me hubiera encantado saber qué iba pensando. Es una pena que no se pueda conocer los pensamientos de los demás. Supongo que ese es uno de los placeres vicarios que nos proporcionan las novelas, y una de las razones principales por las que no desaparecerán -al menos mientras la gente piense. Llegó a la puerta del edificio y llamó por el intercomunicador. Acercó un oído para escuchar mi respuesta, que le llegó, para su sorpresa, por el otro oído.

-Hola -dije divertida-. No me digas que me venías siguiendo.

-Por si te arrepentías en el camino -respondió, algo seco.

-No te creo.

-En realidad es que me gusta verte caminar -dijo cambiando a irónico.

-Menos te creo.

Me miraba fijo, sonriendo apenas. A pesar de ser divino, de ser hermoso como nadie que yo haya visto en mi vida, no podía creer que al fin me tenía ahí, que al fin se le rendía la filósofa viejorrana. Y me quería castigar por haber tardado meses en darle muestras de mi aquiescencia. Le sonreí con toda mi boca recién estrenada en el vicio. No es que se me note, por supuesto, pero yo la siento así todo el tiempo, como si todos pudieran notar que ahora mi boca chupa pijas. Al hacerle el regalito a Renato me estaba haciendo un regalito a mí misma:

una boca que era la misma boca de siempre pero que ahora era otra, confiada, segura de sí hasta la desvergüenza. Mutaciones...

-¿Tengo cara de filósofa casada a punto de incurrir en su primer adulterio? -le pregunté.

-No, pero tenés cara de ser la primera filósofa, y la primera mujer que me triplica en edad, con la que me vaya a acostar. Y tenés una sonrisa con la que me fuiste avara todo el año y que ahora me asegura que venís dispuesta a derramar sobre mí todos tus encantos.

No pudo sino cubrir, replegando sus labios, los excesos de su dentadura. Misteriosamente la sonrisa que había por fin desplegado, con todo y su demasía, no la afeaba, aunque la hacía un poco grotesca. Me irritaba que después de tanta cara de palo se revelara finalmente feliz del inminente desenlace, como si hubiera estado jugando al gato y al ratón para exacerbar mis ansiedades. No sé... soy caprichoso, difícil de conformar. A una coetánea que aterrizará a coger en mi bulo, con una sonrisa lunática después de muchos melindres, le preguntaría si se ha vuelto tarada o loca. En fin... que no pude recibirla sino poniéndole una cara como de que hubiera llegado con una hora de retraso.

Me sentía un tanto olímpica entrando en su apartamentito con paso de docente imperial. Me sentía en realidad tan decidida como confusa y desconcertada. Cerró la puerta con doble llave y pasador de seguridad, como para indicarme que no tenía marcha atrás. No la tenía, por cierto, excepto en su imaginación. Me derretía de gusto de ser finalmente la burguesa atrapada en el bulín de su joven seductor. Me ayudó a sacarme el abrigo y lo colgó en una percha. Venía muy arregladita, estrenando blusa rosada con botones imitando perlas y el cuello como la corola de una flor, y un saquito azul, peludito, de los que dan ganas de meterles manos. Me saqué los lentes de sol y le ofrecí el insólito color de mis ojos.

Casi me desmayo al tener sólo para mí la belleza de su mirada, pero no podía desprenderme así nomás de la cara de orto. Demasiada frustración acumulada como para disfrutar el momento de la entrega. Un poco de resistencia por parte de ella le hubiera dado el tono justo a la situación. Algo sin duda tenía que haberle sucedido como para un cambio tan radical... Y entonces pensé que sí, que en realidad soy ese tipo de boludo que pone cara de orto en vez de expresar la felicidad natural de estar recibiendo el obsequio más exquisito que ofrece una mujer. Pensar eso me hizo reír.

-¿Qué te hace reír? -pregunté, replegando mi gran sonrisa por completo.

-Pensé que pongo cara de ogro cada vez que una dama me hace el honor de visitar mi bulín. Lo mismo pasó con mi novia, Martina, que se sacó tanto de onda que estuvo a punto de irse.

-¿Martina se llama tu novia? -pregunté, naturalmente sorprendida.

-Sí, y no me hagas comentarios banales.

-Ya veo... -dije, sin explicar qué era lo que veía-. ¿Y por qué te pasa eso de ponerte ogro?

-No sé, de bruto nomás.

-¿No será que no estás seguro de la intención de la visita?

-No, no... no es eso.

-¿Ah, sí? ¿A qué vine yo?

Vi clarito en un instante de súbito afloje de su mirada que la idea de estar en un error fatal al cogerse a un alumno adolescente se abrió, seguramente que no por primera vez, como un abismo en su mente.

-¿A coger? -propuso en plan de relajar la situación.

Como mi padre, pensé. Estoy haciendo lo mismo que hacía mi padre. ¿Acaso no estaría orgulloso de mí viéndome en estas? No, no era el momento de aflojar. Lo atravesé con mi mirada tipo docente agresiva tomando examen.

-Sí pero no. No exactamente -dije, decidida a saber hasta cuánto de verdad podía sacarse de aquella situación-. ¿Querés que te diga a qué vine?

No respondí. Estaba en ella revelar el juego que jugábamos, que era el que ella había querido jugar.

-Vine a ser la otra. No tu otra sino mi otra. La que soy y a la vez, no soy -dijo, seria, como quien propone un enigma mortal.

No me sorprendió que, aun teniéndola en mi cueva, tuviera para alcanzarla que recorrer un laberinto de palabras.

-Quizá encuentres a tu otra cuando yo descubra por qué me lancé a seducirte descaradamente -dijo.

Lo vi tan sincero y tan confundido que me dio ternura y estuve a punto de decirle que no se trataba de graduarse de seductor de viejas o de docentes, que se trataba más bien de que, cogiéndomelo, alcanzara yo a ese mi otro yo, el que a la vez soy y no soy, que siempre he deseado ser, y del que ignoro todo por completo. Pero adiviné que si le decía eso se acabaría el romance, al menos provisoriamente, que era lo contrario de lo que exigían mis urgencias.

-Desnudate -le dije entonces, asumiendo en un rapto de intuición femenina que sólo yo podía en ese momento asumir la palabra.

Rápido, como temiendo que se le ocurriera que no era yo el que podía sacarla de la coraza desde dentro de la cual asomaba, me desnudé por completo. Se quedó mirándome como si nunca hubiera visto el cuerpo de un hombre. Pensé que o bien estaba enamorada de mí o pensaba que yo era una divinidad. Su mirada se detuvo en mi pene, que relajado y complacido esperaba el momento de la acción. Me miraba con los ojos muy abiertos, como a punto de aullar, como si mi desnudez fuera alguna forma inaceptable de la ofensa.

No soporté más. Su belleza era deslumbradora. Di un paso adelante y le solté una cachetada con todas mis fuerzas. Quedó mirando hacia la puerta. Cuando volvió a mirarme le solté otra cachetada, con la que quedó mirando ya no sé qué. Me saqué la blusa y la falda y quedé en puntillas.

-Sabía que eran para mí -dijo y como pudo sonrió, con la cara roja a cachetazos.

Me empujó y caí de espaldas sobre la cama. Hice a un lado la entrepierna de la bombacha y le mostré mi vulva color rojo fuego y el vellón negro como la noche. Absurdamente me pasó por la mente la idea de que si seguía cogiendo con guachitos pronto tendría que darme color en el vellón para no asustarlos.

-Cogeme con esta ropa puesta -pedí.

Se acercó, me levantó las piernas separándolas, se mojó dos dedos, hurgó buscando la entrada y se clavó en mí, sin consideraciones, que no hacían falta porque estaba empapada. Le rodeé la cintura con mis piernas y lo atraje con toda la fuerza, como para fundirme en él o fundirlo en mí. No podía creer que aquello tan deseado, estar empalada por un guacho, pudiera ser algo tan exquisito y sublime. Me oí decir:

-Dios te bendiga, guacho. Cogeme que ya me acabo.

-Profe, hablás como una puta.

-Entonces cógeme como a una puta -dije, sintiendo cómo la locura, el descontrol y la torpeza se apoderaban de ambos.

Ni idea de cómo sería cogerse a una puta y dudo que ella lo supiera, pero calculé que sería darle verga como para matarla. Que fue lo que hice. No tenía una vagina estrecha ni incómoda. Mas bien tenía una vagina señorial. Cerró los ojos y abrió los brazos en cruz como aceptando todo lo que su vida pudiera devenir.

-Así, mi amor. No me tengas respeto -dije, sin pensarlo, como ventrílocua hablándole desde el fondo de la concha.

Me cogía como una máquina de coger y su sudor goteaba sobre mi piel. ¡Su verguita razonable y esbelta me llenaba más que el portento de Renato!

-No te tengo respeto -murmuró entre dientes-. Como profesora de Filosofía sos una verdadera puta.

¿Cómo pude decirle semejante cosa? Ni siquiera sé lo que dice una puta cuando se la están montando, si es que dice algo. Una gran marea de placer pugnaba por desbordar, no solo por la boca del glande sino por todo mi cuerpo.

-Voy a acabar -dije y su boca se zambulló en la mía, con lengua y todo, y con una ola de saliva.

Entonces, horror de los horrores, sacó la verga, larga y esbelta y reluciente de mis jugos. ¡La sacó para mostrármela!

-¿Qué hacés? -grité desesperada, a punto de orgasmo.

-La saco... -dijo, sorprendido él mismo por su súbito deseo de exhibirse.

-No, dámela -dije, y no más, porque en cuanto volvió a hundirla la gran marea se llevó todo por delante y ya no supe más excepto que Adonis soltaba una y otra vez su semilla en lo más profundo de mi árido baldío.

Abierta hasta partirse al medio, cepillando su vellón contra el mío como para sacarle chispas, irresponsable total aceptando mi descarga, sin acuerdo previo, en el fondo de su ser, fértil aún, seguramente, y poniendo el grito en el cielo, de punta a punta, a la manera trágica y como para siempre, así acababa Laura, al menos cuando era conmigo que cogía. Seguí ofreciéndole toda mi saña de guacho pasado de rosca, y frotándome contra su vulva hasta que no tuve más con qué. Me derrumbé a su lado bañándola con mi sudor. Jadeábamos como si nos hubiéramos salvado por un pelo quién sabe de qué.

Entre las sábanas. Jadeos, suspiros, silencios. Lo espío de reojo.

-¿Y ahora? -le pregunto para provocarlo.

Se apoya sobre un codo para mirarme.

-Nunca vi ojos como los tuyos. Miel y verde -dice.

Lo miro y le sonrío como se le sonríe a un recuerdo dulcemente atesorado. Porque ahora que todo comenzó entre nosotros, ahora, ya, el final estaba a la vista. Nuestro amor no iba a durar más allá del final de los cursos. Así tendrá que ser para que sea perfecto. De manera que, imaginación erótica, ponete a proponer, y que nada te quede en el tinero.

Saco de la heladera un vino blanco y lo destapo y bebo del pico de la botella a lo bestia, hasta la mitad. Se lo paso. Pone cara de "Esto no es lo mío", pero bebe un trago. A esta altura las puntillas de Laura me parecen una especie de ortopedia dermatológica. Pero no digo nada, le respeto la edad.

-Lo que digas a cambio de tus pensamientos -dice.

-No tenés que dar nada -digo-, tenés el derecho de exigirlos.

-Los exijo entonces.

Le doy otro chupón al pico de la botella. Pensé en cuántas noches, loca del deseo que me prohibía, de coger con un guachito, me había consolado bebiendo vino blanco del pico de la botella, hasta caer redonda. ¿Mis pensamientos? No ese recuerdo, por cierto. No pensar en confiarle algo cierto o íntimo. Quizá, alguna vez, pero no hoy. Más bien trato de inventar algo extremo, que lo impresione, si fuera posible.

-Deseo que me gastes, que no me quede obscenidad alguna por probar con vos. Que el que venga después no tenga nada nuevo que ofrecerme.

Fue demasiado, calculo. Puso la nuca sobre las manos ofreciéndome la belleza secreta de sus axilas peludas y se llamó a silencio mirando al techo. Cambié de tema. Por ahí me pareció que no íbamos a ningún lado. Quizá no quería que le vaciara encima mi demencia erótica.

-¿Por qué antinomias?

Hundió las comisuras de los labios.

-Quería impresionarte. Fue lo que se me ocurrió. No sabría decir por qué.

-¿Qué son las antinomias?

-Los extremos opuestos. Quizá por eso las elegí. Se supone que los jóvenes somos dados a los extremismos. Martina y vos son mis antinomias eróticas.

-¿La joven y la vieja?

-Yo no lo veo así.

-¿Cómo lo ves?

-La ingenuidad y la experiencia.

En el momento que lo dije comprendí que era al revés: aquí la joven era la experiente y la vieja, especie de virgen tardía, la ingenua. Pero Laura no dijo nada. Quizá había captado mi error, pero... obviamente que no podía corregirme. Me apresuré a cambiar de tema:

-Para mí... pensar las antinomias consiste en eliminar mis prejuicios acerca de cada extremo. Conminarlos a decirme su verdad, a mostrarme su límite más allá del cual ya no hay nada pensable. Nada humano al menos, o sea nada que se pueda expresar con el lenguaje.

Quedamos callados. Se volvió hacia mí. Puso una mano, de dedos largos y flacos y uñas pintadas de rosado encima de mi pájaro.

-¿Puedo?

-Tocás primero y preguntás después.

-Vas a tener que acostumbrarte porque tengo unas ganas irresistibles de tocarte por todas partes.

Descapoté el dulce pájaro. Se me hizo agua en la boca.

-Muchas veces en clase tuve la fantasía de ir hasta tu banco, arrodillarme, abrirte el pantalón y ponerme a chupártela -dije, descarada, decidida a recorrer todos los extremos de mi demencia erótica tardía.

-Eso sí que hubiera sido algo fenomenal -dijo.

La pija se le iba envarando.

-¿Qué hubiera pasado? -pregunté inclinándome para chupársela aún semidormida.

Martín jadeaba suavemente.

-Te hubieran aplaudido. En este grupo no hay puritanos... ni vírgenes. Los conozco bien.

Lo masturbé con dos dedos.

-Oh, no... No, no, no... -ronroneó.

-¿Querés o no?

Ya le cuesta hablar.

-Sí.

-¿Y aparte de aplaudir qué hubiera pasado?

Esto, hacerles pajitas a mis adolescentes era lo que por sobre todas las cosas, dominaba en mi deseo reprimido.

-Algún zarpado te hubiera pedido tratamiento igualitario.

-¿Qué te hubiera parecido si yo lo complacía?

Sin apuro alguno la pija alcanzó toda la rigidez.

-Hubiera estado bueno que lo hicieras... -dijo, casi sin voz, y apenas pudo agregar, a manera de dulce advertencia-. Me viene...

Me incliné y lo tomé en la boca. Acompañé los estremecimientos de la acabada con cabeceos y chupeteos, fue la mamada más acariciante que sea capaz de practicar desde mi inexperiencia. La mamada de cumpleaños a Renato había sido un acto de compasión y de caridad, la que le hice a Adonis era un acto de comunión en lo sublime.

Sentí que el semen que liberaba mi cuerpo se convertía en un fluido eléctrico que manaba de mi mente. Y que la pasión de Laura, adormecida, mutaba en la ternura con la que mamaba mi fluido como un cachorro mama de la teta de su madre. Me vino como una especie de lucidez acompañada de energía discursiva.

Puse la cabeza sobre su hombro respirando el olor de su axila. Hubiera querido dormirme así.

-Las antinomias marcan los límites que no podemos sobrepasar al pensar -retoma el tema, como si con la descarga se le hubiera aclarado el pensamiento-. Si pudiéramos sobrepasar esos límites habríamos mutado mentalmente. Seríamos otra cosa. No sé qué. Por consiguiente, podemos decir que las antinomias son las garantías del orden del mundo.

¿Puede haber en el mundo algo más hermoso que un adolescente que te coge e ipso facto se pone a filosofar, haciéndote sentir que esto es consecuencia de aquello? Me miró a los ojos. Tuve la sensación de que me miraba desde otro lugar y otro tiempo, desde un lugar y un tiempo remotos. Martín no es el alumno de mi curso al que, gracias a Dios, me cojo, es el adolescente universal, todo belleza, todo semen, todo preguntas, todo extremos, todo pensamiento.

-La función de las antinomias es diseñar el mapa de lo positivo y lo negativo -sigue, sumido en su entusiasmo-. El mundo sería más difícil de habitar adecuadamente sin el mapa de las antinomias. Ellas dramatizan las oposiciones para facilitarnos las tomas de decisiones.

Levanta las manos, se mira los dorsos de las manos como podría mirárselos un pintor o un pianista.

-Es la naturaleza antinómica del mundo humano lo que termina por generar, como su expresión suprema y última, a Dios y al Diablo, uno el Hacedor y el otro su Antagonista -dice y sé que con esas palabras da por terminado su momento de inspiración.

De su dulce inspiración, vertida en palabras delicadas y perfectas quiero más, mucho más antes de que se acaben los cursos. Bañarme en el río exquisito de sus palabras y su semen. Levanto entonces mis manos con las uñas color rojo sangre y me las miro, imitando su gesto. Fantaseo tener la libertad de tatuarme su nombre en ambas manos. Y luego tatuaría los nombres de los amantes adolescentes que lo sucedieran, hasta que tuviera el cuerpo entero cubierto de nombres.

-Tengo que irme -digo finalmente.

Nos ponemos de pie, nos vestimos en silencio, nos quedamos uno frente al otro, mirándonos, como esperando que algún tipo de brisa cósmica nos acercara. Dejamos que nuestros cuerpos se abrazaran, suavemente, diluyéndonos el uno en el otro, como se diluye una ola en la que la sigue. Su cuerpo huesudo le pareció a mi cuerpo un cuerpo generoso, en el cual perderse, y hasta desaparecer. El cuerpo de la muerte, pensé, como si en lugar de cincuenta años Laura tuviera muchos más. Blandamente abrazados respiré su aroma de mujer y me ganó una extraña confusión. Me pareció que Laura era mi madre. No porque reconociera un perfume. No recuerdo que mi madre oliera a perfume. En su aroma reconocí a Laura no como la madre de mi carne y de mi segundo apellido, sino a otra mucho más esencial, puro espíritu que me hablaba al oído: la Madre Muerte.

-No faltes a clase. Me vuelvo loca si no estás ahí -me dijo sin voz, con el color admirable de sus ojos.

Después se puso los lentes oscuros restableciendo su figura de autoridad. Y se fue. Tiró del pestillo de seguridad, retrocedió las dos vueltas de llave, abrió la puerta y se fue. Entonces me di cuenta de que no era ella sino yo quien no tenía marcha atrás.

DIOS O LA NATURALEZA

Cuidando de excluir mi rostro de la imagen me fotografié desnuda de cuerpo entero delante del espejo de mi dormitorio. Puse debajo la leyenda “Cuerpo pornográfico. Totalmente disponible. Poco uso”, y se lo envié a Martín. Me respondió con un videíto de su rostro amado, con la boca abriéndose hasta el máximo para soltar un bostezo fenomenal. Entonces le envié una imagen de la cara B de mi cuerpo, y agregué la leyenda “Posterior de cuerpo pornográfico. Totalmente disponible. Sin uso”. “Compro” respondió. Yo estaba como si hubiera desayunado cresta de gallo, belicosa no solo por la ansiedad de hacerme el culo hasta dejarlo funcional a mi proyecto, también porque sabía que en este golpe de dados ambos perdíamos una virginidad.

El polvo con Laura, aunque tenía ya dos días de gozado, me dejó flotando en una nebulosa. Para mi sorpresa, el simple pasar del cuerpo adolescente al de la mujer adulta no había sido simplemente cuestión de arrugas o de aromas. Con las chiquilinas siento que las abarco, que no se me escapan por ningún lado, que con o sin intención, no podrían sorprenderme. Con Laura había sido otra cosa, toda ella era un misterio. Al acabar otras cosas le pasaban más allá de la cosquilla, cosas de las que yo no sabía nada. Era como coger con una india de la Amazonia, a saber qué le pasaba y por dónde. No tengo con quien hablar una cosa así, ni ninguna otra cosa. Siempre confié sólo en lo que mi mente me dicta. Quizá Martina... La paja con las tetas me sorprendió. No por la cosa en sí: todos vemos pornos -yo ya no, por cierto-, sino porque se le ocurriera que tal cosa era para ella algo urgente y necesario. Como que le ha entrado a quedar estrecho el formato chico-chica-echan-polvos-mimosos, como que quiere de una vez todo lo demás, que a saber qué incluye y qué excluye. Está pateando sus límites, instalándose de una vez en la vida con todo lo que implique, igual que yo, cada uno a su manera, y si queremos seguir juntos -y para mí es impensable lo contrario- los excesos que proponga son algo que voy a tener que asumir, de cabo a rabo. Ella sabe que las antinomias son cartas de amor, o algo parecido, y ha preferido dejarme en libertad, ignorar el asunto, al menos por ahora.

Llegué a las cuatro en punto. Abrí con mi llave. Martín estaba tendido sobre la cama, vestido y calzado, mirando al techo. Más que en plan meditativo, en plan zombie. Me tendí a su lado, me aflojé, dejé que su inmovilidad modelara también mi cuerpo. Cuando por fin suspiré hasta vaciarme, inquirí:

-¿Te pasa algo?

Respiró hondo, como volviendo a la vida.

-Nada, estoy melancólico.

-¿Te acordás que compraste algo?

-No ¿qué compré?

-No te hagas el pendejo, es algo que te ofrecí por foto.

-Me acuerdo.

-Te lo traje preparado, adobadito...

Giró la cabeza para mirarme. A mi vez lo miré.

-Digo yo, vos no estarás pensando en empezar a venderte...

Sonreí. Me hizo gracia el tonito de alarma.

-Claro que no... Yo no soy mía. Soy tuya. Vos podés venderme. Yo no.

Me devolvió la sonrisa.

-Bueno, porque por ahora te quiero solo para mí.

-Nada mejor.

En cuanto me ponga en pie, va a notar que tengo tremenda erección, y sabe que no es por ella, ya que no nos hemos tocado ni nos hemos besado, pero apuesto a que no va a preguntar nada y que va a tomar posesión del asunto como si fuera efectivamente para ella, cosa que yo le voy a permitir, sin chistar. Desde nuestros nombres en adelante, somos Uno: compartimos una vigorosa y expansiva libido, no hay límites, no hay secretos, no hay no.

Al ponerse en pie vi enseguida que estaba en erección.

-Abrite la bragueta -dije.

Lo hizo y la evidencia saltó a la vista. Como si pasara el cura con el copón de hostias, caí de rodillas y la recibí en la boca. Firme, dulce, tierna. No creo que haya mujer en el mundo que con la verga de Martín en la boca sea capaz de negar su exquísitez.

-¿Esto es producto de un trabajo dejado a medias o de alguna nostalgia demasiado intensa? -pregunté lamiéndola.

-¿Preferís que te responda o imaginarte lo que se te antoje?

¡A ver qué noviecito se permite una respuesta de esta índole! Con este tipo de humor me siento como una puta con su fiolo.

-Dios te bendiga -dije, sacando el celu e instalándolo con el soporte sobre la mesa de luz.

Nos desnudamos. De la heladerita saqué un vino blanco que estaba apenas empezado. Bebí del pico y le pasé la botella.

-¿Te gusto? -le pregunté.

Cada tanto lo someto al mismo formulario estúpido.

-Ya lo sabés -dijo.

Cuando apenas nos conocíamos Martina me mandó una foto de su oreja, preguntándome si su oreja me gustaba. Días pasé, mirándole con atención las orejas a las mujeres, hasta que llegué a la conclusión de que no existían en el mundo orejas de mujer de tan perfecto tamaño y de tan delicado diseño como las suyas. Se lo dije y esa misma tarde tuvimos sexo por primera vez. No era virgen, por suerte. Mejor así, para mí fue como si hubiera nacido sin himen.

-Te pregunto si te gusto absolutamente toda -insistió, con un sospechoso acento en "toda".

-¿Por ejemplo? -pregunté, cauteloso.

Trago va, trago viene, nos habíamos acabado la botella.

-¿Mis pies te gustan?

-Sí.

Para mí sus pies son la quintaesencia de los pies de una mujer, o más bien de un ángel, y se sabe que los ángeles no caminan. Para mí lo peor en una mujer es que tenga pies comunes, pies de hombre, pies a los que les toca cargar con la parte dura de la existencia. En realidad, rara vez me fijo en los pies de las mujeres que son casi siempre decepcionantes. Con Martina el punto es que le encanta mostrármelos y sobre todo realizar con ellos unas suertes de las cuales sólo los pies de ángel conocen la perfección.

-¿Mis rodillas?

-Sí -dije, y no pude sino agregar-. Escila y Caribdis amigables siempre dispuestas a dejarme pasar a cambio de la promesa de besos en el plexo del monstruo y en el corazón del remolino.

-¿Mis tetas?

-Sí -dije, y debí agregar: "Me dejan bizco".

A esta altura, abierta la segunda botella, seguíamos libando.

-¿Mi concha?

-Tu concha es el molusco delicioso en el que encarna la divinidad.

-¿Mi culo?

Era la primera vez que incluía al culo en el inventario de sus delicias. Me tomó por sorpresa y tardé unos segundos de más en responder.

-¿Mi culo no? -preguntó con ese tonito de estar al borde mismo de la gran decepción.

-Claro que sí... tu culo sí, también -me apresuré a aclarar.

No soy muy del culo, pero como cualquier boludo le miro el atrás a las mujeres, y creo que soy capaz de apreciar cuando lo llevan con gracia. Y Martina lo lleva con gracia. Nada de cinturita de avispa, es rellenita pero no le sobra nada, y tiene en el culo aquello sin lo cual la chispa no enciende la pradera. Martina se había quedado callada, indicándome sin palabras que, llegados al culo el jueguito del inventario caía por su peso.

Lo abracé, las tetas contra su pecho, la verga contra mi vientre. Puso las manos sobre mis nalgas y las separó. Sentí como se me desbordaban las humedades.

-Caramba... -dije bajito, con el aliento caliente-. ¿Cómo tenés la pija tan dura tanto rato?

Me miró como esperando una respuesta seria. ¿Dije que mi otro yo tiene los ojos azules como un cielo bajo el cual todo es posible? ¿La piel como si siempre fuera verano? ¿El pelo rubio oscuro, pecas en los cachetes, boquita de labios regordetes y acaramelados, tales que al besarlos se me suspende cualquier función mental que no sea la del deleite?

Mi culo, así abierto, boqueaba, ávido. Dejé la botella después de un último trago. No podía esperar más, me lo pedía cada uno de mis huesos y una voz muy, pero muy interior. No podía creer que el ojete me estuviera clamando por algo que lo penetrara. Había oído que así era,

pero pensé que era puro hacerse la cabeza. No lo era, el culo tenía voz y hablaba. Me puse en cuatro sobre la cama, abierta a como se le antojara usarme,

-Vení -le dije-. Te dije que vine preparada.

Me miraba como pasmado. Me costaba creer que todavía no hubiera captado lo que le pedía, o que si lo captaba no estuviera dispuesto a dármele. Con las dos manos me separé las nalgas hasta mostrarle el ojal. Faltó que le dijera "Vení y rómpeme el culo". No fue necesario. Se acercó y tocó con la punta de un dedo el nudito ya apenas desatado.

-Fui a la farmacia y dije, deme la mejor vaselina, porque me van a hacer el culo.

-¿Eso hiciste? -preguntó, siempre un poco por detrás de los acontecimientos y un poco alarmado.

-Claro que no, boludo. Ponémela ya.

Me di la vuelta y volví a atraparla con la boca, chupándola con tanto amor como para que se derritiera.

-Divina... -le dije-. Tratalo bien a mi culito.

Y entonces fue el momento insólito. La puso, empujó apenas y se deslizó tan hondo como podía ir. Me habían dicho que hay un momento de dolor cuando la cabeza fuerza el ojal, al menos la primera vez, pero no fue así. Se deslizó toda de una vez, como si ya me lo hubiera hecho mil veces. Maravilla de las maravillas, sin costo alguno me tenía ensartada hasta el último centímetro. Increíblemente me sentía por completo repleta, llena por la verga de mi amado y, a la vez, no sentía ni el más mínimo dolor, como si me hurgara en las entrañas una verga anestésica. Dios o la Naturaleza eran los responsables de este milagro delicioso.

-Mi amor -grité, no sé si más sorprendida que encantada, con el entusiasmo con el que se canta el Gloriam en la Cuaresma.

No podía creerlo, perfectamente enculada sin costo alguno.

-Uau -murmuró el boludo tocando la cópula, como para asegurarse de que no se había equivocado de entrada, o más bien de salida.

-Esto es... -murmuraba, sin encontrar la palabra apropiada. Finalmente halló qué decir-. ¿Estás segura de que nunca te lo habían hecho?

-Por favor, amor ¿no te parece que lo sabría si me hubieran dado por el culo?

-Jamás me imaginé que fuera algo tan dulce... -decía en éxtasis.

-Ponete un poco más a la izquierda, para que se vea mejor en la cámara -le pedí, y una vez que lo hizo-, ahora cógeme, pero despacito, porque voy a hacerme una paja para honrar la ocasión disfrutándola por partida doble.

Apenas empecé a masajearme el vértice Martín se inclinó, atrapó una de mis tetas y se puso a masajearla con tanto vicio como no le conocía.

-¿Estás bien? -me pregunta-. ¿Es lo que querías?

-Me siento como una pluma a la que el viento se lleva por todos los cielos. ¿Y vos?

-Poderoso como un gigante -gruñe, y me hace sentir todo el dulce poder de su cuerpo.

¿Cuánto puede aguantar una novata a la que le están haciendo el culo, le amasijan las tetas y mientras tanto se aporrea el clítoris como si no hubiera un mañana? No aguanta nada, explota como una verdadera súper Nova expandiéndose hasta tocar los límites del infinito, mismos que se manifestaron cuando sentí que Martín descargaba toneladas de dulzura en mis entrañas.

-Mi amor, mi dios... -balbuceaba yo con el culo bien en alto babeando las sábanas.

Martín parecía como en la Luna, concentrado en un último chorro de amor que le venía bajando quién sabe de dónde. Cuando finalmente se estremeció por última vez le pedí:

-Sacala, mostrásela a la cámara y métela toda otra vez, como saludando a la cámara.

Cuando por fin me derrumbé un ruido grosero se me escapó no sé por dónde.

-¿Y eso? -preguntó besuqueándome-. Creí que los seres divinos no soltaban pedos.

-Eso no fue un pedo -protesté escondiendo la cara, fingiendo vergüenza.

-¿Qué fue? -preguntó, fingiendo a su vez un tono acusador.

-Lo ignoro.

Martín fue al baño y tardaba. Así pues, había sido él.

-Fuiste vos -le grité.

No respondió. Apagué el celular, me prendí del vino que quedaba y lo esperé liquidada, demasiado acabada como para dar lugar a ninguna propuesta. Al rato me abrazó por la espalda y siguió besuqueándome. Me dijo al oído:

-Fue como si... -pero no encontró las palabras.

-Al acabar sentí que caía en un lugar sin límites -murmuré, toda suspiros-. Una caída infinita. Cayendo se me ocurrió que la caída de Alicia en el hoyo era una caída orgásmica... el primer orgasmito de Alicia...

Me iba desconectando de todo, decidida a permitirme una siestita.

-Me dijeron que al otro día arde un poco. Me van a dar ganas de contarlo... que el amor de mi vida me rompió el culito.

-Se me van a venir todas encima -dijo.

-Es lo que quisieras ¿no?

Dejamos que nos venciera la modorra.

-Martín... -dije con un suspiro.

-Martina... -respondió, y sentí que, en esas dos palabras, casi una en realidad, estaba contenido todo lo que nos pudiéramos decir.

HABLA EL AUTOR

Hacia el final de una novela que está muy bien escrita, es decir, que es plenamente convincente, el público lector normalmente expresa su deseo de que comparezca el Autor. Sabiendo que esta necesidad de tener un cara a cara es perfectamente natural, y que adecuadamente satisfecha pronto se la olvida sin mayores consecuencias, y estimando que esta especie de aparte hasta puede dar lugar a la revelación de aspectos de la novela que de otra manera pasarían inadvertidos, he decidido, durante algunas páginas, prestarle mi voz al relato.

Así pues, comienzo refiriéndome a Martina, en mi opinión el más complejo y, a mi entender, el más apetitoso de los personajes que prestan servicios en esta novela. Martina, acláremoslo de una vez, no ha caído en las garras de la pornografía: digamos que ha visto pornografía y no le ha resultado indiferente ni le ha disgustado. Antes bien al contrario, la ha fascinado, y le ha despertado la curiosidad. Es decir que se siente interpelada por la pornografía y no puede dejar de frecuentarla. De hecho la ha frecuentado hasta el hartazgo, sin contar más que con la habilidad de su dedo corazón para calmar las ansiedades, instancia esencial para empezar a encontrar respuestas a sus preguntas.

Por supuesto que a Martina realmente no le ha pasado por la mente la idea de devenir performer de porno. Ni en broma. Es bella, inteligente y culta, se graduará en Medicina, como sus progenitores, y llevará como ellos una vida regalada y llena de logros profesionales y personales. Se casará con Martín, con quien reconoce una unión profunda, más allá de toda explicación, entendiendo que la casi total coincidencia de sus nombres de pila no puede ser mera casualidad. Son, como se acostumbra decir, Uno para el Otro, aunque ella prefiere pensar que Uno es el Otro, ya no almas gemelas sino un alma en dos cuerpos, como quien dice una milanesa en dos panes.

Que no piensa en rebajarse a las tristezas del oficio de performer de porno debe tomarse cum grano salis, ya que sí admite que desea, y sólo pensarlo la enciende, experimentar su cuerpo en tanto cuerpo pornográfico. (Martina utiliza esta expresión sin reconocer mi autoría aunque básicamente de manera correcta –me cito: “es el cuerpo disponible para todos los caprichos propios o ajenos, que conduzcan a todas las formas de goce, desde las más subalternas a las más sublimes”). Para lograr esta mutación sabe que cuenta con la complicidad de Martín en quien late un deseo simétrico. Y lo sabe no porque lo hayan hablado. Siendo Uno no necesitan hablar para decirse y entenderse las cosas más oscuras y secretas. Será él quien convierta su adorable cuerpo adolescente en la perfecta encarnación del cuerpo pornográfico. De manera que ha ido incorporando en la dieta sexual algunas novedades, con respuesta totalmente receptiva por parte del muchacho y sin que haya sido necesario explicar ni persuadir. Martina piensa que no hay nada que Martín no pueda o se resista a darle. Coronarán juntos la aventura de devenir cuerpos pornográficos.

Martina no ignora que una de las dimensiones ineludibles del cuerpo pornográfico es la promiscuidad. Está segura de que con Martín también cruzará esta frontera, no indisolublemente unidos sino indisolublemente Uno. Imagina que Martín elegirá a algunos de sus amigos o conocidos, chicos bien, de confianza, y los invitará a darle, todos juntos, placer a una bella muchacha, con la condición de que suceda en una habitación casi a oscuras y llevando máscaras. Martina piensa que ella misma podría sugerir algunos participantes. Martín recogerá en sus labios los gemidos de placer que le arranquen uno por uno los invitados, hasta que agotada, sin poder ya acabar, en llamas la concha y el culo por el uso excesivo, pida que ya no más.

Desde que ha decidido que su cuerpo alcance la condición de cuerpo pornográfico Martina ha sentido que, progresivamente, su imaginación se libera y se dispara en todas direcciones. Quizá la aventura más insólita de su imaginación ha sido la construcción de su amante cruel. Tanto ha trabajado esta imaginación que demasiado a menudo piensa que lo que imagina realmente sucedió. Siendo aun una niña, a los trece añitos, se enamoró de un vecino de puerta, amigo de sus padres y amante de su madre, al cual le manifestó abiertamente su deseo de entregársele. Equis lo llama Martina porque cree que los hombres evocan fisionomías y desea que Equis no se parezca a nadie. Precaución inútil: no sabe Martina que en cuanto apareció el fulano, haciendo uso de mis derechos de Autor, he decidido encarnarlo yo mismo.

Equis -o sea... ¡ejem!... yo- ha considerado cuidadosamente el cuerpo ofrecido y ha mostrado su conformidad para aceptarlo, pero no mientras ostente algún tipo de virginidad. Equis es así: odia la pureza, la ingenuidad y la torpeza, que para él van siempre de la mano. De manera que Martina, para ser poseída por Equis deberá, antes, resignar, no importa con quien, sus virginidades. Ella acepta el desafío. Su imaginación se abre en todas las direcciones en busca de las formas y maneras en que un cuerpo, su cuerpo, puede ser eróticamente virgen, para buscar entonces las formas y maneras de dejar de serlo. Cada noche se duerme imaginando que Equis recorre apreciativamente los laberintos de sus virginidades ya estropeadas. Equis está conforme, se dulcifica para decirle al oído que ya falta poco para no se pueda en absoluto calificarla de virgen. Martina se masturba con las puntas de los dedos, como quien acaricia mariposas, delicadamente, de manera que Equis no se dé cuenta -pero yo sí ¡ejem! me doy cuenta-, y cuando por fin, desde la dulce rampa del orgasmo se desliza hacia el sueño, el rostro sin fisionomía de Equis, incapaz de asumir el rostro, que ella desconoce, de su Autor y Creador, o sea el mío, deviene el de Martín, un chico que aún no conoce pero que será algún día su amante y su amado. Apreciaréis que con este imaginativo giro os estoy revelando el verdadero referente de mi literatura erótica: el cuento de hadas.

Apreciando el interés y la paciencia del respetable público lector, quisiera concederme unos minutos más para referirme al otro personaje femenino, Laura, personaje no menos complejo, aunque sí bastante menos apetitoso. Es filósofa de profesión, por consiguiente se puede esperar de ella argumentaciones sutiles cuando trata de justificar sus actos. No ata sus matambres con el primer piolín que encuentra.

Luego de su aventurilla con el Adonis, al volver a tener sexo con su marido no experimentó la culpabilidad habitual en los adúlteros. Al contrario, tuvo la certeza de que la belleza perfectamente proporcionada del muchacho era una compensación por la monstruosidad de su consorte: Adonis y Renato eran las antinomias de su deseo, concluyó, rindiendo homenaje al precoz ingenio filosófico del muchacho. Adonis le resultaba una especie de premio bien merecido para compensar las incomodidades que le significaba el débito conyugal. No era que no disfrutara de la desmesura anatómica del zapatero. Como dije, había aprendido a hacerlo, pero si lo hacía era por sus méritos, por su capacidad para adaptarse a la realidad allí donde cualquier mujer decente hubiera renunciado más pronto que tarde. Laura lo veía así: se “sacrificaba” y a cambio recibía un premio. Pero no cualquier premio, porque su Adonis no era un stríper cualquiera, era justo aquello que siempre deseó y a lo que nunca se atrevió, el más bello y el más brillante adolescente de entre los que concurrían a su curso. Su premio estaba a la altura de su sacrificio: era en sí mismo algo injustificable, ilegítimable, algo cuyo mero deseo era del orden de lo criminal. Pero ¿quién podía condenarla, después de todo lo que resistió, cuando ya al borde de comenzar a ser una vieja -¡una vieja a los cincuenta! ¡vaya una filósofa!-

había encontrado el argumento justo y adecuado para entregarse al crimen y curar sus llagas y sus ardores con el dulce bálsamo de la más bella pija adolescente?

Renato agradecerá sin duda que especialmente la referencia que le dedico en este aparte, ya que no ha tenido ni tendrá, creo, la posibilidad de oficiar de voz narrativa. Renato -que ignoraba todo acerca de las “compensaciones” que recibía la filósofa- consideraba que el régimen sexual al que habían llegado le permitía ilusionarse con la posibilidad de que, más temprano o más tarde, realizaría el sueño de su vida -no menos criminal que el de Laurita: lograr que un cuerpo de mujer encajara por completo su anomalía anatómica... ¡en cada uno de sus tres orificios! ¡Menuda hazaña! Práctica que, exitosamente realizada, implicaría daños graves, si no daños totales. Ciertamente era que, por ahora, tanto por la boca como por la concha de su cónyuge el encaje había sido bastante menos que parcial, pero en esto, como en todo, pensaba, lo que importa es empezar. La abnegación que Laurita ponía para satisfacerlo lo convencía de que el objetivo último era el mismo para ambos.

Renato se deleitaba especialmente imaginando la inserción completa de su portento en el tercer orificio, cosa que a la fecha no había intentado ni siquiera con putas, pero estaba seguro de que también a eso llegarían, porque conocía -por ahora teóricamente- la misteriosa capacidad de dilatación del ojal humano, casi tan extrema como la del conducto que permite dar a luz. Renato era un hombre sencillo y sensato que había llegado a la convicción de que su anomalía era en realidad una bendición que le permitiría realizar la triple cópula más fabulosa jamás intentada, y para lograr semejante hazaña se sentía munido de toda la paciencia del mundo, sabiendo que había encontrado en Laura, aunque no lo pareciera, la horma de su zapato.

Es mi opinión -de Autor, orgulloso de su obra- que sería difícil concebir dos personas mejor casadas la una con la otra. Laura era, para un Renato que se deslizaba calma pero seguramente en su inconfesable delirio, la posibilidad de redimirse, en alguna medida, de su anomalía. Nada menos. Renato era para Laura la manera de legitimar, a manera de compensación, su deseo de cogerse a aquellos de sus alumnos que encontrara tan irresistibles como para ignorar la criminalidad implícita. Para ambos: ya no más represión, ya no más angustia... Eran -permítasele al Autor una licencia poética- dos almas perdidas en curso de colisión.

A Laura el martirio conyugal la autorizaba a entregarse a su deseo a manera de justa compensación. ¿Quién que no tuviera el alma envenenada por el gusto de la injusticia podría condenarla? Cada año había habido en su curso un chico en cuya mirada había creído descubrir que la deseaba. Año tras año había resistido a la tentación de darle al elegido acceso ya no a su cuerpo sino tan siquiera a su mirada. Se había forzado a tratar al elegido con más frialdad y con más distancia que a cualquier otro con mucho menos mérito. Pero a solas en casa, o cerrando los ojos en el ómnibus, imaginaba desnudar los pies poderosos y graciosos del elegido, adivinaba el olor penetrante de que se impregnaban sus medias deportivas, recordaba el aroma embriagador de sus axilas cuando se acercaba a su escritorio, el delicado olor a orina con el que quedaban perfumados sus jeans como consecuencia de las torpes prisas propias de la edad... Ahora, finalmente, podría dar sus clases tan sólo para el único, el elegido, sacándose los lentes oscuros y mirándolo directamente a los ojos, aceptando dócilmente cada vez que él quisiera llevarla a su apartamentito, y una vez allí aceptando lo que quisiera de ella, incluidas las peores humillaciones, cosa que espera con ansiedad.

Querido público lector: extraños son los caminos que conducen al goce, especialmente cuando el goce es imposible o prohibido. El padre de Laura, eminencia con fecha propia en las

Efemérides Filosóficas Nacionales, había sabido gozar impunemente de las calenturientas muchachitas que poblaban sus cursos, más interesadas en sus derrames de semen que en sus desbordes de sabiduría. Ahora ella seguía su huella, ya no tan solo en el derrotero del pensamiento, y como sabía que, por cobardía o por el placer de reprimirse, se había decidido casi demasiado tarde, estaba decidida a comportarse, de aquí en más con el descaro y el cinismo de los verdaderos criminales sexuales.

LA MOJARRA CONTRATADA

Escribí, de yapa, una antinomia más. De yapa digo porque el pescado ya estaba vendido y la mojarra contratada. Antinomia: capricho entre la verborrea y la poesía.

De la oposición entre Bien y Mal, decía que “el Bien enriquece, y el Mal empobrece”, pero advertía que *“la búsqueda desmedida del Bien puede llevar al empobrecimiento, y la búsqueda del Mal puede paradójicamente acabar en un enriquecimiento, afirmación que, en principio no admitía más sustento que el gusto por la paradoja”*. Y ya en tren de grandilocuencias concluía diciendo que *“llevado a su extremo el empobrecimiento absoluto deviene vacío, mientras que el tope de la riqueza se confunde con la omnisciencia y con la omnipotencia, es decir, con lo que los humanos hemos llamado Dios”*.

Justo antes de enviar el engendro, como urgido por una última Iluminación, agregué: *“El Bien Supremo es el amor. La forma extrema del Mal es la indiferencia”*, como para advertirle a mi nueva amante que no se le ocurriera incumplir los compromisos que había contraído para conmigo. Lo envié, por fin, sintiéndome una especie de Spinoza puerilizado a efectos de catequesis, y sobre todo convencido de que el truco de las anomalías ya había dado de sí y no daba para más.

PREFIERO UN SOROLLA

“Prefiero un Sorolla”. Era la divisa de mi padre cuando arremetía en una discusión decidido a marcar su originalidad. ¿A qué lo prefería? A un Van Gogh. “Suponete que vas a dar con tus huesos a un calabozo” decía, con la soltura de quien está seguro de que nunca, por ninguna razón en el mundo, va a ir a dar con sus huesos al calabozo. Cosa que no era tan segura, como he sugerido, pero que en los hechos nunca sucedió, porque il mondo e quello che e, otra de sus divisas, a la que sólo recurría para cerrar una discusión. “Suponete que sólo te permiten tener en el calabozo una imagen, una pintura, y te dan para elegir entre un Van Gogh y un Sorolla...” Y se divertía viendo en los ojitos de sus escuchas el cálculo brutal de los precios de mercado de un Van Gogh y un Sorolla. “Prefiero el Van Gogh” iban diciendo uno por uno disimulando o sin disimular sonrisas astutas. “Ah, muy bien, les decía mi padre, pero atención: porque no van a salir al día siguiente de la cárcel a vender su Van Gogh, sino que en la cárcel van a pasar una buena porción de sus vidas... mirando su Van Gogh”. Y los interpelaba con el gesto fiero con que Moisés acusaba a los adoradores del Becerro de Oro. En los rostros de los contertulios aparecía entonces el desconcierto. “¿A dónde querés llegar?” le preguntaban. “Van Gogh es pura angustia” explicaba entonces mi padre como si en vez de a una panda de veteranos estuviera hablando a un hatajo de párvulos. “Un cuadro de Van Gogh será una obra de arte insuperable, y un precio de mercado fantástico, pero exuda angustia, y si te pasás la vida entera sometido a su radiación habrá que ver si sobrevivís a tu condena, por leve que

sea". Los contertulios celebraban, por supuesto, la puntada de mi padre, aunque el más cínico de entre ellos aseguró: "Pues yo prefiero el Van Gogh aunque me achicharre los sesos y no el Soruyo al que no conoce nadie" Y al decir esto miró con un gesto desafiante a sus compañeros de chocolate con churros, de los cuales ninguno se atrevió a decir: "Yo lo conozco".

El caso es que mi padre no sólo prefería un Sorolla, sino que poseía dos, pequeñas telas de tema playero que había heredado de mi abuelo quien, según decía, los había comprado al precio de uno -tres dólares según afirmaba- en un baratillo callejero en París unos meses después de terminada la Segunda Guerra, y que hoy quién sabe cuánto cuesten, cosa que, habiéndolas heredado, no voy a averiguar porque no pienso venderlas. No están en casa, no las tengo colgadas frente a mi escritorio. Ya bastante tengo presente la repugnante memoria de mi querido padre. Y no las voy a vender porque así como están de sepultadas -en una caja de seguridad de un banco- es suficiente. Ojalá pudiera enterrar así los deseos abominables que de él he también heredado.

En fin... que cuando le llega a mi padre el momento de explicar a sus contertulios por qué prefiere un Sorolla en la pared de su calabozo, no le faltan argumentos: la arena húmeda, las olas orladas de blanco, las dama vestidas de blanco con sus sombrillas blancas, los párvulos desnudos y empapados, algunos de ellos exhibiendo las nalguitas de un modo que no molestaría a un pedófilo, las gaviotas, el cielo azul, las nubes, etc. "¿Y ahora qué dicen?, pregunta, desafiante a su vez ¿qué prefieren como compañía para pasar la eternidad en un calabozo, un Van Gogh o un Sorolla?" Eso sí, no les muestra las telas, nunca lo vi mostrarlas. Las tenía en el fondo del ropero en su dormitorio, en cajas de cartón, y solo muy de cuando en cuando las sacaba y con no poca ceremonia aunque esté solo, se sentaba a mirarlas, quizá con auténtica devoción. En una de las cajas, a manera de polizone, encontré una bellísima acuarela que lo muestra en el sofá de su gabinete, desnudo excepto por los zapatos, y un poco menos panzón que lo que era a sus quizá sesenta años de edad, rodeado por dos muchachitas, desnudísimas también, excepto por los soquetes de puntilla, muy jóvenes a juzgar por sus tetitas puntiagudas, encantadas de estar disponibles para el eminente, que a su vez demuestra su complacencia ostentando una erección. Digo que era una bella imagen por los colores apastelados, la luminosidad, la cosa rozagante e infantil de los desnudos, el rosado de la piel. De tanto mirar la imagen he reconocido en las jovencitas a dos de sus más devotas colegas, compañeras de profesión de toda la vida y que lo acompañaron el día de su último viaje. He observado la bella imagen hasta la náusea, me he masturbado mirándola, he pensado que cuando fue hecha yo ya casi tenía veinte añitos, y en el oscuro fogonazo del orgasmo he deseado formar parte del harén de mi padre, tener el privilegio de estar yo también disponible para sus caprichos. Quizá hubiera sido así si hubiera sido menos fea.

Terminé de anotar estos recuerdos y revisé el mail: ahí estaba la quinta antinomia de mi sabio Adonis. Respondo de inmediato.

-¿Estás ahí?

-Si, vení, te deseo.

-Imposible.

-Pero te deseo ahora.

-Yo también te deseo ahora. Pero mañana por la mañana es lo antes posible.

Pausa. Sé que está pensando cómo forzarme. Ya quisiera yo ceder, pero hay límites.

-Aprendamos a gozar de un aplazamiento, en el sexo, se entiende, no en los exámenes... y menos en el examen de Filosofía.

Pude haber tomado sus palabras como burla, o provocación, pero más bien expresaban su deseo de relajar un poco el intercambio. No era su deseo contradecir a su amante, digamos.

-Mañana de mañana tengo clases -arguí.

-Yo también.

Si no viene ahora es porque el marido ya está en casa. Son las seis y media. No me interesa meter cizaña en su hogar o en lo que sea que tiene armado. Deja de dar su clase por mí. Me declaro satisfecho. Acepto su tributo. Al fin y al cabo pudo haberme impuesto vernos por la tarde, pero aceptó anteponer mis urgencias, o mis caprichos, a sus obligaciones. Por mi parte me pierdo la clase de Historia, que no me importa nada.

-Está bien. A las once.

-A las once.

MARTINA RECIBE SU MERECIDO

Mensaje de Martina: "Puedo pasar". Es nuevo esto de pedirme permiso para caer. Extraño... Si tiene llave... ¿Será que sabe algo? ¿Ya, tan pronto? ¿Cómo, si a nadie le conté de mi victoria?

Lo vi en el relampagueo alerta de su mirada: cuando entré, durante un instante salvaje, menos de un segundo, no me reconoció. Chaquetita de cuero negro ajustada (es de Lucy), minifalda a medio muslo ajustada en las pompis (de la Beba), medias caladas, botas de tacos y caña alta... pero sobre todo maquillada como ninguna mujer decente se maquillaría. Mi mejor disfraz de furcia. Ni mis padres me reconocerían si se cruzan conmigo en la calle.

-¿Qué pasa? ¿Te rayaste? -ladró Mi Rey.

-¿No te gusta? -pregunté, sumisa y relamida como la puta con su cafisio.

-¿A dónde vas así? ¿O de dónde venís? -preguntó, preocupado por varias de las posibles respuestas.

-Vengo a pedirte perdón, a recibir mi castigo, y a compensarte por lo que hice -dije ateniéndome a mi libreto, decidida a no hacérsela fácil.

El bichito me empezó a picar. Todo lo que me daba a pensar era, claro está, increíble. Se trataba, sin duda, de un jueguito.

-Empezá por decir qué hiciste -exigió, ya un poco más calmo.

-Imposible. Imaginate lo peor -y dije "lo peor" como para que se hundiera en las ciénagas heladas de lo peor. Pero no se lo veía compungido. Más bien como que sospechaba y empezaba a divertirse.

Evidentemente su jueguito no incluía la parte de la confesión. Tendré que explicarle que es la parte que me interesa especialmente, ya que soy un hombre de letras.

-Me envilecí. Como una puta barata -le escupí en plena cara, pero ni pestañeó.

No me creía. Tenía que dar un paso al frente: de mi bolso saqué la fusta de mi hermano, que hace equitación. Reculó.

-No, Martina, eso no. Soy incapaz de hacerte doler. Antes muerto. Te adoro -dijo, dando un paso atrás, cagado del susto. Exageraba quizá.

-No seas maricón -le solté, sorprendida por su reacción-. Es solo un juego.

-No soy maricón. Pero no voy a hacerte eso. Buscate otro.

Ahí estaba, enojada y sorprendida, con su traje de furcia y la fusta en la mano, entre que creía y no creía mi deserción.

-¿Lo decís en serio?

Frené. Martina es como yo. Si algo se le mete entre ceja y ceja lo consigue, como sea. Sólo se me ocurrió la solución heroica.

-Lo hago si vos me lo hacés primero.

-Pero ¿por qué te castigaría?

-Por pendejo, por falta de huevos, por adorarte, por lo que sea.

Sin darle tiempo a más argumentos me bajé el pantalón y me acosté en la cama, boca abajo, seguro de que no lo haría y se terminaría el asunto. No fue ese el caso. Sólo cuando cayó el primer fustazo, bastante flojo, por cierto, comprendí que iba en serio, y que si estaba haciéndome aquello era para exigir mi reciprocidad. Cuando cayó el segundo, un poco más firme para mi desgracia, pensé en decirle "Ok. Ya basta. Te toca", pero eso hubiera sido de una cobardía inexcusable, de manera que decidí tragarme mi propia medicina.

-¿Cuántos son? -preguntó entre dientes.

-Cinco -dije aplicándole un descuento. En principio eran diez, pero viéndolo sufrir me pregunté si aquello no era pedirle demasiado. O no lo conozco o si no aguantaba recibirlos, menos iba a aguantar dármelos.

-¿Cinco? -preguntó al borde del llanto.

Conozco a mi Otro Yo mejor aún que a mi Propio Yo. Estaba sufriendo no solo en las nalgas: por todos lados sufría, sobre todo en su amor propio. Y cuando descargué el tercer fustazo lo padeció a tal punto que ya empezó a dolerme más a mí que a él, de manera que decidí relevarlo de pruebas.

-¿Estás conforme? -le pregunté, porque al fin y al cabo él lo había pedido. Mi dizque ingenua pregunta le sirvió de excusa para hurtar el bulto.

- Conforme -anunció muy machito como si hubiera recibido los cinco, se puso en pie y cubrió con el pantalón sus nalgas apenas coloradas.

De manera que encendí todas las luces del cubículo, coloqué la camarita sobre la mesa de luz, me subí la mini y me bajé las pantis, y me puse en cuatro sobre la cama ofreciéndole toda mi zona secreta para que la decorara a placer. Miré por sobre mi hombro: en el celular el encuadre era perfecto.

-Dale y no seas mariquita -le dije.

Tal como lo supuse me dio un fustazo falso de toda falsedad. Me enojé.

-¿Querés que yo te muestre cómo tenés que hacerlo?

Por cierto que no quería eso. Me soltó de inmediato un fustazo mucho más consistente. Sentí como que un animal terrible se me prendía del culo. Tragué aire, saliva y veneno, y me esforcé por demostrar un intenso placer.

-No puedo creer que te guste esto -dijo con una voz en la que más que disgusto había extrañeza-. Te doy uno más -dictaminó.

-Cinco en total -insistí implacable.

Me soltó el tercero con mucha más fruición, se la noté por una especie de cosa viciosa que hizo con la muñeca al descargar el golpe. Dolió tanto que me pareció como si me hubiera aplicado sobre la piel una brasa al rojo vivo. Debe de haber pensado que aquello acabaría con el asunto. Para corregir su opinión metí la mano entre mis piernas y empecé a masajearme. De esto también tenía que ser capaz un cuerpo pornográfico. Gemí de placer tanto como el dolor quemante me lo permitía.

No va más. No voy a seguir haciéndolo. Qué guacha más macha. De puro orgullosa quiere demostrarse o demostrarme que puede con esto. Puse la palma de la mano sobre una nalga y luego sobre la otra. Ardían. El tercer golpe le había dejado una raya roja cruzando de un hemisferio al otro. ¿Para aliviarse se masturbaba? Nunca supe de algo semejante. Gemía ya sin fuerza, sin dolor ni placer, como una niña contrariada.

-¿Viste que vine preparada? -preguntó.

Le separé las nalgas, efectivamente tenía el ojalito lubricado. Mi mirada sobre sus nalgas castigadas y sobre el ojal preparado parecían excitarla. Se masturbaba con fuerza. Por mi parte tenía trancada en la garganta una bola de ternura y de lujuria.

-Uno más, Mi Rey -pidió-. Y después un polvo en el culo.

Tenía la verga saltando, como en un precalentamiento, pronta para cualquier salvajada. Pensé en darle uno más, si, pero uno que la dejara sin ganas de joder con este tipo de cosas. De manera que levanté el brazo y descargué un fustazo que no lo puede dar quien no lo goza. Me da vergüenza, pero es así. Martina gritó como nunca y quedó... yo qué sé, como en anoxia, como sin aire en los pulmones, boqueando como pez fuera del agua, con la mirada clavada en el blanco grisáceo del techo, como entregada a una visión que nunca hubiera esperado alcanzar. Ya después me contaría lo que miraba con tanta atención, ahora, para mí, sin perdón posible era la hora de romperle de vuelta el culito.

Volví de la Nada cuando sentí que me clavaba su dulcísima verga tan hondo como pudo. Daga deliciosa que alcanza con el ápice a pincharme el alma. Mi Rey me mata y me cura, Él es todo para mí. Bestia ingrata, se puso a cabalgarme sin compasión alguna. Pero cada topetazo, cada frotación de su piel contra mi piel arrasada era, inesperadamente, otro tipo, superior, sublime, de tortura: este era el secreto de las nalgas azotadas, sentir que al clavarse en mí se abisma en mi cuerpo en llamas. Mi culo incandescente, especie de sol oscuro y escondido es, por fin, la Boca Perfecta, La Boca Insuperable, la Boca mejor que la boca, la Boca mejor que la concha para que venga Mi Señor, mi Otro Yo, mi Verdadero Yo, a verter en ella el río virtuoso e inagotable de sus Mieles.

Estuve aplicándole crema curativa -que ella misma traía- cuidadosamente, un buen rato. Por suerte la piel no se había abierto.

-¿Querés que te cure también el culito?

-Mmm... -ronroneó.

Le unté el ojal como si me la fuera a coger otra vez. Cuando empezó a culear discretamente contra mi dedo benefactor, corté la cosa.

-Sos mi heroína, mi Juliette...

Para entonces ya había anochecido. En casa de Martina cenaban a las nueve y no podía llegar tarde. Previsora traía en su bolso unos jeans y un saquito de Kashmir, con los que retomaba su aspecto normal. No quiero imaginar el efecto de los jeans apretados sobre sus nalgas arrasadas. La vi tomar el taxi. Al dormirme me acosaba el fantasma de la culpa: le mostraba las pompis a sus amigas, que de puro envidiosas divulgaban el secreto, dando lugar a un escándalo; por la noche le daba fiebre a punto tal que por la mañana la veía un médico, el cual no podía sino informar a sus padres, dando lugar a un escándalo. Asustado ante la perspectiva de ir a parar al Inau yo aseguraba que me casaría con ella. "No, eso nunca" gritaba su padre, un señor que se me hizo pelado y de bigotes, aunque en realidad no tengo el gusto de conocerlo.

MEDIA HORA, LA ETERNIDAD

Me llamó temprano. Sonaba angustiado Mi Cielo.

-Estoy bien, Martín, tranquilízate. Nada más hoy no voy a ir al club. Todo lo demás, normal. ¿Y vos?

-En un rato viene Laura, la profesora de Filosofía -dije, como si nada.

-¿Ah, sí? Mirá qué pillín... -dijo, naturalmente un poco desconcertada, pero sin duda que divertida y aquiescente.

Guardé silencio.

-¿Después me contás?

-Ajá.

Era previsible. ¿Para qué si no todo el asunto de las Anomalías... o Antinomias, lo que sea? Es una flaca perchenta, pero si le llega a hacer un desprecio a Mi Rey le bajo todo el teclado.

No quiero pensar que soy tan vil como para haberle soltado el asunto ahora que está con el culo en ascuas. Pero en fin, si juega a asumir un supuesto lugar de sumisión no está en condiciones de hacerse la difícil... Aunque la verdad es que si hubiera exhibido objeciones yo hubiera fletado a Laura. Así es como es.

.....

A las once en punto llegó Laura. Ahí está, sacándose los lentes de sol y sonriéndome con toda su extensa dentadura. La verdad es que me sentía bastante sacado y no sabía cómo encarar mi compromiso. Ojalá esto fuera una novela y yo fuera el Autor y pudiera recurrir a un deus ex

machina que me sacara las castañas del fuego. Porque por más recalentada que tenga uno la imaginación erótica ¿qué se puede esperar más allá de lo que anoche me dio mi Otro Yo?

-Martín, querido -dije captando el extraño humor de mi amante-. Tenés una expresión como de demonio con dolor de muelas. ¿Es que ya pasó el tiempo de la pasión y llegó el de los caprichos?

Fue un poco fuerte mi arremetida, pero no me gustan las confusiones. Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Puedo someterme a los humores de mi amante adolescente, pero sólo en una medida aceptable. No puede recibirme con cara de orto en nuestra segunda cita.

Me gustó su arremetida. Aflojé. Le sonreí. Sentí que la savia me volvía a circular por el cuerpo.

-Volvé a ponerte los lentes de sol -le pedí, suave y prometedor como puedo serlo.

¿A qué viene que me ponga los lentes? Me los puse y le vi brillar los ojos. Claro. Quiere a la profesora de Filosofía.

-Hay algo que quiero preguntarte -dijo entonces, muy profesoral-: ¿sentís que pensar las antinomias, pensar en términos de antinomias es algo que te ayuda a vivir, a encarar la vida de mejor manera?

No podía imaginar que formular esta pregunta en ese momento con la intención de estirar un poco más mi disfraz de profesora para darle gusto a mi Adonis nos iba a salvar la vida. Si hubiera hecho sin más lo que tenía unas ganas insoportables de hacer, o sea desnudarme y lanzármele encima pidiéndole que me empalara con su Divina Pija, seguramente nuestra historia de pasión hubiera acabado con un par de balazos bien puestos.

-Por supuesto. Pienso que si las benditas antinomias hicieron de vos mi amante pueden hacer por mí probablemente cualquier otra cosa que se me antoje -dije, con una mezcla en mi opinión repugnante de zalamería dulzona y cinismo arrogante.

En ese momento golpearon la puerta como para ir ablandándola antes de darle una patada y mandarla a volar. ¡Vaya un sustazo! Nos miramos al borde del pánico. Laura fue la primera en reaccionar. Como si hubiera tenido prevista la situación. Sacó del portafolios un libro, y me hizo un gesto de que abriera.

Con su sobretodo hasta los tobillos Renato parecía un armario con el que hubieran bloqueado mi puerta.

-Buenas... -le dije como si nada, pero con un cierto tonito burlón que no controlo bien y que terminó de sacarlo de las casillas.

No tenía abrochado el sobretodo y por eso al empujar con la mano izquierda la puerta para abrirla completamente vi por un instante -o creí ver, Dios sabrá- que con la otra mano sostenía oculta bajo el abrigo una escopeta de caza, de dos cañones.

Renato vio a su atormentada de pie con el libro abierto en una mano, los lentes de sol en la otra y los ojos muy abiertos pretextando sorpresa. Asumió que había metido la pata y su carota se puso colorada como para reventar.

Pobre mi ogro, tan ingenuo y sumiso, y haciéndose el feroz. Muy capaz de cosernos a tiros, de puro bruto. No sabe cómo manejar la adoración que siente por su mujercita. Hay que darle una buena lección, como para que tenga y para que le quede.

-Renato ¿qué pasó? -preguntó Laura, severa, y al parecer genuinamente alarmada.

-Pasaba por aquí... -balbuceó el monstruo, aplastado por el tamaño de su tontera-. Pensé que quizá ya habrías terminado... Que podríamos almorzar juntos...

-¿Y para eso tenías que aflojarle la puerta a Martín? ¿No era más... más... elegante mandarme un mensaje? -le ladró Laura, implacablemente cruel.

Yo, consciente del arma que el hombre escondía supuestamente bajo su abrigo, traté de interceder.

-No importa, profe -argüí, tan estúpido como novato-. Justo estaba considerando cambiar esta puerta que no es muy segura.

Creo que Laura estuvo a punto de reírse, pero se contuvo.

-Perdón, perdón -dijo Renato, sin entrar en detalle-. ¿Te falta mucho? Puedo esperarte...

-Esperame, si querés -dijo Laura, implacablemente ofendida-. Tardo media hora.

El titán hizo un gesto como de querer entrar al cubículo y yo me hice a un lado, pero Laura -ladró terminante:

-Nada de eso. Me esperarás en el auto.

Dio marcha atrás y se retiró hacia la escalera, cabizbajo y con el rabo entre las patas, o mejor dicho, con la escopeta entre las piernas. Cerré la puerta y respiramos hondo.

-Jamás imaginé que me siguiera. No le di ningún indicio... -dijo, desconcertada-. Decir que pasaba por aquí es pura tontera...

Pero mi Súper Adonis, asustado y todo, ya había bajado, de la oscura nube de las posibilidades, tres opciones.

-Primera opción, cuando yo te seguí desde el Instituto él nos siguió. Al ver que entrábamos en este edificio fue en busca de la escopeta y volvió...

-Pero él no tiene ninguna escopeta -interrumpió.

-Dejemos para después ese detalle -seguí, imperturbable-. Segunda opción, puso un chip GPS en tu portafolios...

-Imposible, si ni siquiera sabe utilizar el what'up... -protestó.

-Dejemos también ese detalle para después. Tercera opción, el Autor, nuestro Autor, ha recurrido a un deus ex machina para perfeccionar el final de su historia.

Laura me sonrió, un poco condescendiente.

-¿Vos creés en serio en un Autor que decide nuestros destinos? ¿Cuál sería ese final que nos depara?

-El mismo que teníamos en mente, sólo que rehogado en adrenalina.

Su sonrisa me decía ahora cuán satisfecha y confortada estaba por mi habilidad para atar los cabos sueltos.

-Pero en fin... -dijo- estaba segura de que, a menos que se encontrara ante evidencias en bruto, obedecería como un niño grande y bobo.

Sentí que más que para establecer una verdad lo decía para tranquilizarme, al fin y al cabo soy poco más que un niño.

-No puedo creer que puedas ser tan fría.

-Es la filosofía, Mi Amor. Si la filosofía no te permite permanecer fría ante cualquier circunstancia y si no te puede consolar en los peores mal ¿de qué sirve?

-Enseñame -pedí.

-Te voy a enseñar, sí, pero no ahora.

Dejé el libro y los lentes sobre la mesa y abrí la heladerita. Vino blanco, tapón de rosca, lo abrí y bebí del pico un trago casi demasiado largo. Le pasé la botella. Levantó tanto el culo de la botella que pensé que se lo zampaba todo. Me le acerqué todo lo cerca que se puede.

-Mi Dios, mi Adonis -susurró lamiendo el vino de mis labios-, nos queda sólo media hora...

Me miró como desde la Luna y sin prismáticos ni largavistas.

-¿Pensaste que, con la interrupción, yo ya no querría nada? No sabés lo que es esperar algo toda una eternidad... -dijo, mordisqueándome el labio inferior.

Le mostré los colores de mis ojos de tan cerca que pude habérselos contagiado. Hice lo que tantas veces soñé hacer. Me puse de rodillas a sus pies. Abrí la bragueta de su pantalón. Me miraba hacer. En primera fila. Pero desde la Luna. Fue mi primer real y auténtica mamada. Le chupé la pija, a medias tumefacta y quizá por eso hipersensible, se la chupé con tanta adoración como no sabía que pudiera hacerse. Y con tan loca pasión que me puso una mano sobre la cabeza y musitó "No". Cuando se la devolví estaba tan larga y dura como pueda estarlo.

-Cogeme bien cogida porque por unos días no voy a poder venir a verte -dijo.

Respiré hondo, aterrizando.

-Vas a ir a almorzar a un restaurant con tu marido... -dije-, y vas a ir bien cogida...

Entendí que el shock se le había pasado porque volvía a dominarlo el vicio.

-Eso -dijo-. Goteando tu semen.

-Arrodillate en la cama.

Se puso en cuatro. Le remangué la falda. Traía puntillas, pero rosadas, rosadas como rosas rosadas. Iba a bajárselas, pero me lo impidió.

-No, Adonis, mis nalgas son lo más feo de mí, son las nalgas de una mujer de noventa años. Cogeme con la bombacha puesta -dijo, y tendiendo una mano hacia atrás hizo a un lado la entrepierna del calzón. Abrí la vulva y estaba pegajosa de tan empapada. Emboqué y la penetré. Y entonces pasaron cosas. En mi mente Laura ya no era vieja ni fea, era una mujer admirable de la que iba a aprender cosas que realmente necesitaba saber. Me incliné sobre su espalda y le abracé el torso, atrapándole las tetas, que eran mucho más redondas y sólidas de lo que había imaginado.

-Si, mi Adonis, cógeme bien cogida, pero no te apures, media hora es media hora, y puede ser una eternidad.

Vestidos, sin más contacto de piel que la cópula, sentía que así pasaran mil años, como en los boleros, este polvo no lo olvidaría jamás, porque aunque no pudiera entenderlo, esta era la primera vez que sentía que coger podía ser más que amor y/o delicia, que podía ser un acuerdo entre dos que quieren dar todo porque quieren recibirlo todo. La sentí acabar y recomenzar en busca de mi orgasmo, o de repetir el suyo, pero yo había decidido que no me dejaría ir hasta tanto sonara la alarma de la media hora, hasta el último segundo disponible. Tensa como para reventar, sudando y gruñendo a su segundo orgasmo.

-Acabame adentro -dijo, exhausta-, bien adentro. Quiero sentir cuando estemos almorzando que tu semen me moja la bombacha.

Así lo hice. Y con la verga clavada y todavía soltando semen bebí de un trago el medio litro que quedaba en la botella. Me sentí locamente libre y sentí que podría salir volando. En cambio, me derrumbé. Oí una flauta de caña llamándome desde lo profundo de la espesura. No oí cuando Laura se fue ni sé cuántas horas dormí. Desperté en medio de la noche para desnudarme y seguir durmiendo. Es que no simplemente dormía. Dentro de mí se estaba procesando el final de la vida feliz en la que nada significaba demasiado, y el comienzo de mi otra vida, en la que finalmente todo significa todo. O al menos, eso me parecía.

.....